

EL MUERTO ESTÁ MUY SANO

CLARK CARRADOS

«De repente, se sintió lanzado a un profundísimo abismo y descendió con fantástica vertiginosidad, en una bramadora atmósfera, rodeado de nubes de espeso y pestilente vapor, de las que, con gran frecuencia, surgían abrasadoras lenguas de fuego. Luego, sin saber cómo, se encontró erguido, en una espaciosa habitación, en la que el brillo del pavimento quedaba apagado a veces por suaves hilachas de vapor que serpenteaban con lentas irregularidades.

Creía hallarse solo en la estancia, pero estaba equivocado.

Había otro hombre».



Clark Carrados

El muerto está muy sano

Bolsilibros: Selección Terror - 158

ePub r1.0

xico_weno 04.09.16

Título original: *El muerto está muy sano*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

De repente, se sintió lanzado a un profundísimo abismo y descendió con fantástica vertiginosidad, en una bramadora atmósfera, rodeado de nubes de espeso y pestilente vapor, de las que, con gran frecuencia, surgían abrasadoras lenguas de fuego. Luego, sin saber cómo, se encontró erguido, en una espaciosa habitación, en la que el brillo del pavimento quedaba apagado a veces por suaves hilachas de vapor que serpenteaban con lentas irregularidades.

Creía hallarse solo en la estancia, pero estaba equivocado.

Había otro hombre.

Aunque le vio sentado, le pareció muy alto, casi dos metros, delgado, aunque no esquelético y de rostro hasta cierto punto atractivo. En ese rostro había dureza y cinismo, pero también una leve expresión de tristeza.

Lo curioso era que el hombre parecía sentado en el aire y que la mesa que tenía ante sí —en realidad un espejeante tablero de tres metros por uno y medio— no tenía tablas ni estaba suspendida de hilos metálicos. Cualesquiera que fuesen los soportes del sillón y de la mesa resultaban absolutamente invisibles.

El hombre sentado en el aire vestía corrientemente, aunque con discreta elegancia: traje gris marengo, camisa impecable, zapatos que espejeaban… Las únicas notas de color en su atuendo eran los gemelos y la corbata, todo de color rojo fuego, lo mismo que la piedra del enorme anillo que llevaba en la mano izquierda. El pelo, negro y espeso, no era ni demasiado largo ni demasiado corto y aunque relucía, era un brillo natural y no debido a la cosmética.

Entonces, el hombre sentado en el aire dijo:

—Estábamos aguardándote, Henry Q. Ormeson. En realidad, te aguardábamos hace ya mucho tiempo. Prácticamente, desde que ganaste tu primer dólar.

Y, entonces, bruscamente, Henry Q. Ormeson comprendió el lugar que se hallaba.

—Estoy en el infierno, ¿verdad? —dijo, porque, a pesar de todo, deseaba comprobarlo.

—Sí —confirmó el hombre sentado en el aire.

—No tienes aspecto de demonio.

—¿Esperabas verme con cuernos, rabo, piel negra y velluda, y un tridente en la mano derecha?

—¿Qué quieres que le haga? Es la representación clásica…

—Siempre he tenido mala fama, justificada en gran parte, todo hay que decirlo. Pero hubo una vez que fui un ángel.

—Yo no estaba allí —contestó Ormeson.

—Tienes sentido del humor —rió el hombre sentado en el aire —. Pero es preciso que demos comienzo a la sesión.

—Un momento —dijo Ormeson—. ¿Cuál es tu nombre y cómo debo tratarte?

—Tengo infinidad de hombres, pero puedes llamarme Leo, simplemente. En cuanto a los tratamientos… bien, eso no se estila aquí.

Leo movió una mano y una gruesa carpeta surgió en el aire, a su derecha.

—Pesa mucho —sonrió.

Ormeson suspiró.

—Mis pecados son legión —contestó.

—Al menos, eres sincero. Y ahora voy a estudiar el lugar al que te corresponde ir…

El condenado alzó una mano.

—Perdón —dijo cortés.

Leo le miró con las cejas alzadas.

—¿Deseas algo? —consultó.

—Sí… No sé si otro condenado, en alguna otra época, te habrá pedido lo que voy a pedirte yo, pero me sabría muy mal irme a… a mi caldera particular sin antes haberlo intentado…, aunque quizá vaya a una caldera compartida con cientos de condenados…

La mano de Leo hizo un gesto benévolo.

—Sigue —invitó—. Pero, cuando pienses en el infierno, no pienses en calderas flotando sobre lava hirviente. Vamos, habla de una vez.

—No trato de eludir mi condena. Tú lo has dicho bien; estaba sentenciado desde que gané mi primer dólar. Pero me parece que he venido con cierta anticipación.

—¿De veras?

—Alguien adelantó este viaje, pero no me quejo, porque lo merecía. Sin embargo, me disgustaría quedarme aquí sin antes haber intentado buscar un poco de compañía. Y te aseguro que se lo merecen tanto o más que yo.

—Vaya, ésa es una opinión tuya —dijo Leo.

—Conozco a la gente… a la gente de carne y hueso, por supuesto. Por favor, déjame volver una temporada. Quiero ajustar unas cuentas…, digamos mejor hacer un poco de justicia, Repito que hay tipos que se lo merecen tanto o más que yo.

—Volver allá arriba —dijo, pensativamente el hombre sentado en el aire.

—Luego, cuando haya terminado, regresaré a que me asignes una caldera.

Leo sonrió.

—¡Y dale! —exclamó—. Aquí no hay calderas, Henry. Pero me has caído simpático, porque eres de los pocos sinceros que han llegado aquí y que no han intentado ocultar sus culpas. Está bien, volverás allá arriba, pero no actuarás de un modo directo. Quiero decir que no usarás armas ni empujarás a nadie a las ruedas de un tren o desde la ventana de un vigésimo piso… Lo que quieras, mientras no uses otra cosa que tu ingenio.

Ormeson se inclinó profundamente.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo—. Tengo que decirte, sin embargo, que no sé cuánto tiempo tardaré…

Leo soltó una risita.

—No tengo ninguna prisa. Puedo esperarte indefinidamente, porque sé que estarás aquí indefinidamente.

—No me quejo —murmuró Ormeson—. Y te doy las gracias…

—Ya puedes irte —dijo Leo.

—¡Espera un momento! —Ormeson alzó una mano—. Has dicho antes que no hay calderas hirvientes…

—Ni ningún otro método de tortura —declaró Leo sorprendentemente.

—Entonces, ¿cuáles son los tormentos de… de este lugar?

El casi bello rostro de Leo mostró de pronto una honda tristeza.

—El único tormento del infierno es no verle a Él —contestó.

Ormeson comprendió, pero, en el mismo momento se sintió arrebatado por un ígneo bramido, que le hizo ascender con indescriptible velocidad. Mientras subía, comprendía la tristeza de Leo. Pero apenas tuvo tiempo de compadecerle.

De pronto, el calor cesó y sintió frío.

* * *

—Está muerto —dijo Noah Bentlane, alzando su copa.

—En el infierno —rió Laura Willets, morena, de generosos contornos y boca provocativa.

—Ahora podremos dormir tranquilos —dijo el gordo Dull Pine, sentado en un cómodo butacón, de la lujosa estancia, en cuya chimenea ardía un buen fuego.

—Pero no sabemos dónde está la mayor parte de la «pasta» —se lamentó Brigh Lowall, alto, delgado, de mirada penetrante y mentón salido.

Laura se encogió de hombros.

—Me gusta mucho el dinero, me gusta muchísimo; pero ahora vivo tranquila. Claro que no tengo inconveniente en buscar la «pasta», aunque si no la encontrásemos, no lo lamentaría tanto como piensan algunos de los presentes.

—Distribuyó mucho en su testamento, pero era menos de la cuarta parte —intervino otra mujer, algo madura y de pelo rabiosamente teñido—. No obstante, se sabe que había sacado de los Bancos, de un modo gradual, pero casi constante, hasta tres millones de dólares en efectivo. ¿Adónde fue a parar esa enorme suma?

Lowall dirigió una mirada a la rubia, llamada Gale Hoskeens.

—A mí se me ocurre una idea —manifestó.

—¿Por qué no la expones? —sugirió Jim Kent, joven, aunque menos de lo que aparentaba y con un falso aire atlético que se cuidaba mucho de acentuar, no sólo en la indumentaria, sino también en sus ademanes.

—El panteón.

Un escalofrío colectivo recorrió cinco cuerpos humanos.

—El panteón —repitió Laura.

—Sí, ¿por qué no? Mientras vivió, en especial, cuando ya nadaba, en dinero, Ormeson fue un tipo caprichoso. No hay más que recordar el encargo que hizo al marmolista hará cosa de dos años. ¡Ese panteón casi parece un palacio!

—Algunos dicen que tiene oro hasta en las cerraduras —murmuró Bentlane.

—No es sino metal dorado, pero, desde luego, la verja de entrada es a prueba de ladrones —declaró Lowall—. Y ¿para qué diablos puede querer una verja así un muerto? Sí, el ataúd es de buena madera, hay herrajes bastante artísticos…, pero, en conjunto, y aunque desnudasen su cadáver, los ladrones no obtendrían más allá de unos cientos de dólares y aún me siento optimista.

—Entonces, tú crees que la reja sirve para…

Lowall volvió a mirar a Gale.

—Sí. ¿Recordáis cómo es el panteón por dentro? Hay un túmulo de granito de más de un metro de altura, casi tres de largo y metro y medio de anchura. El féretro está sobre ese túmulo, reposando, además, sobre cuatro soportes en forma de garras de felino. Pero el túmulo tiene las suficientes dimensiones para ser hueco.

—¡Y en ese hueco está la «pasta»! —gritó Pine.

—Creo que sí —contestó Lowall.

Jim Kent no había despegado los labios hasta entonces. De pronto, alzó la mano.

—Si vamos a «reventar» el túmulo, necesitaríamos herramientas adecuadas —dijo.

—Y la complicidad del guardián del cementerio —añadió Laura.

—No hay guardián en ese cementerio —aseguró Lowall.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Laura, avariciosamente.

—Sólo a una cosa, guapa: esperamos a que llegue la noche de mañana, porque, durante el día de hoy y el de mañana, nos dedicaremos a reunir las herramientas necesarias, cuya lista, previsoramente, he preparado ya. Vamos a examinarla y, si alguno desea añadir más cosas, puede decirlo con toda franqueza.

* * *

El coche se detuvo a poca distancia de la entrada del cementerio. Marvin Rawson y Chitty Courts se apearon cada uno por su lado.

Rawson era de mediana estatura y algo grueso. Chitty tenía el pelo rojo, las pupilas verdosas y una silueta escultural, además de una absoluta, falta de escrúpulos.

Rawson extrajo un pesado saco del maletero.

—La «pasta» nos aguarda, preciosa —dijo.

Chitty se estremeció, a la vez que se arrebujaba en el chaquetón forrado de piel que se había puesto para la ocasión.

—Me da miedo —dijo.

—Piensa en tres millones de dólares. Resulta estimulante, ¿verdad? —dijo Rawson, riendo.

Chitty asintió. De pronto, recordó algo.

—Marvin, ¿cómo entraremos? El día en que le enterramos, vi la verja. Haría falta una pieza de grueso calibre…

Rawson volvió a reír, a la vez que hacía saltar algo metálico en la palma de la mano.

—Hace algún tiempo ya que estoy preparado —contestó—. Me costó un buen puñado de dólares, pero conseguí una copia de la llave de uno de los operarios de la forja artística que se encargó de la verja. Claro que no fui al dueño; habría resultado una imprudencia. Pero uno de los empleados andaba algo escaso de dinero y…

Chitty asintió, ahora con los ojos relucientes por la codicia.

—Modestia aparte, soy un poco mejor que el difunto señor Courts, al que diste cierta medicina que precipitó su viaje al más allá —contestó Rawson con una risita burlona.

—Marvin, no digas esas cosas, por favor —se estremeció ella—. Yo no hice…

—Será mejor que dejemos de hablar, preciosa. Niégalo si quieres, pero te diré una cosa: no siento en absoluto la ausencia de tu difunto esposo.

Rawson volvió a soltar una de sus risitas. Luego echó a andar hacia la parte alta del cementerio, donde se hallaba el panteón en que había sido enterrado Henry Q. Ormeson.

Minutos más tarde, abría la verja, un artístico trabajo de indudable solidez. Encendió una linterna.

Chitty Courts cerró los ojos un instante. Luego se esforzó por ser valerosa. A fin de cuentas, un médico de fama había certificado la defunción de Ormeson. ¿Por qué tener miedo de un muerto?

El panteón era espacioso y el túmulo con el ataúd estaba en el centro. Rawson descargó el saco en el suelo y abrió la boca, disponiéndose a sacar algunas de las herramientas que había traído consigo.

De pronto, se le ocurrió una idea que estimó muy divertida.

—Voy a levantar la tapa —dijo.

—¡Marvin! —Se aterró Chitty.

—¿Acaso temes algo? —contestó Rawson sarcásticamente—. ¿No sientes deseos de ver la cara de Ormeson y burlarte de él un poco? Él no podrá oponerse ahora a que nos llevemos su «pasta», ¿comprendes?; y aunque no nos oiga…

—Marvin, por favor —gimió ella.

Pero Rawson no le hizo el menor caso. Soltó los cierres de la tapa y levantó ésta.

—Míralo, ahí lo tienes, quieto como un tronco y frío como un pez —dijo, burlón.

Dominando sus aprensiones, Chitty se atrevió a abrir los ojos. Sí, Henry Q. Ormeson estaba allí, como el día del entierro…

El rostro, sin embargo, tenía un color natural.

Debía estar amarillento, pensó maquinalmente. Y, sin embargo, parecía vivo.

De pronto, Ormeson abrió los ojos.

Chitty lanzó un horripilante alarido. Luego, llena de pánico, dio media vuelta y echó a correr. Rawson vaciló un momento y corrió tras ella, no por miedo al difunto, sino por temor a que los gritos de la enloquecida mujer dieran la alarma.

CAPÍTULO II

John A, Dickins leyó el extraño mensaje que acababa de recibir y se lo enseñó a su principal colaborador, el sargento Wayne.

—Matt, ¿qué opina usted?

Los ojos del sargento recorrieron rápidamente las líneas escritas en el papel, que había llegado con el correo matutino.

—Valdría la pena investigar, jefe —contestó.

—¿Usted cree, Matt?

—En Ormesonville, todo el mundo decía que Chitty Courts había envenenado a su esposo. Yo también pienso que pudo hacerlo; no olvidemos que el difunto Blakeney Courts tenía una salud de hierro. Y que no hubo autopsia, porque fue el médico de la familia quien certificó su defunción.

Dickins hizo un pensativo gesto de asentimiento.

—Me pregunto quién puede ser el autor del anónimo —dijo.

—Y eso ¿qué importa, señor? Podemos registrar la casa de la señora Courts, con los permisos legales necesarios, por supuesto. Usted se apuntaría un tanto y…

—No me interesa apuntar tantos, sino que se haga justicia, Matt. —Contestó el joven jefe de policía de Ormesonville—. Y, a decir verdad, el doctor Rawson no fue nunca santo de mi devoción.

—Razón de más para hacer ese registro —dijo Wayne.

Dickins meditó durante algunos segundos.

Al fin, dijo:

—Telefonee al juez Harper, Matt. Iremos a casa de la señora Courts, apenas tengamos el mandamiento.

—Sí, señor.

Dickins siguió contemplando la misiva acabada de recibir. Cuando Wayne terminó de hablar por teléfono, dijo:

—Enviaré a un agente a recoger el documento, señor. El juez

Harper está de acuerdo en el registro. Él nunca se sintió demasiado convencido de que la muerte de Courts fuese natural.

—Gracias, sargento. Oiga, ¿se ha dado cuenta del extraño color de la tinta con que ha sido escrita esta carta? ¡Parece sangre seca!

Wayne respingó.

—¡Jefe!

Dickins sonrió.

—Sí, ya sé que son fantasías mías…, pero, de todos modos, convendría analizar la tinta; quizá ello nos diera una pista para encontrar al autor del anónimo. Y no estaría de más buscar huellas dactilares en el sobre y en la propia carta.

—Bien, señor. Lo avisaré en cuanto haya regresado el agente que ha ido al despacho del juez Harper.

De pronto, la telefonista anunció:

—Jefe, tiene una visita. P. Lytton, del *Sun & Moon*.

—Un periodista, ¿eh? Bien, dígale que entre, Nellie.

—Sí, jefe.

La puerta se abrió a los pocos momentos. Una hermosa joven, de mediana estatura, con un osado atavío de calle, apareció ante sus ojos.

—El jefe Dickins, supongo —dijo la chica.

Dickins parpadeó.

—Me anunciaron a un hombre…

Ella rió.

—Quería darle una sorpresa. Soy Faye Lytton y mi revista me ha encargado un reportaje sobre la ciudad que, hace años, fundó un tal Henry Q. Ormeson. Hasta la capital llegaron los rumores de que Ormeson había comprado todo, menos a un incorruptible jefe de policía. Yo quiero hacer una buena información, no sólo sobre usted, sino también sobre la ciudad que perteneció al que muchos califican de afortunadamente muerto.

—Y lo ha dicho todo de una tirada —manifestó Dickins, pasmado.

—También hablo por la radio —contestó Faye—. Bien, ¿qué me dice, jefe?

—Ahora tengo trabajo…

—No hay gran prisa en el reportaje y, en cierto modo, estoy un poco de vacaciones. Acepto su invitación para cenar a la noche en

el
Hardy's.
Los expertos dicen que es el mejor restaurante de la ciudad. ¿A las siete y media, jefe?

—Oiga, usted se lo dice todo…

—Soy muy activa —rió la muchacha—. ¿Acepto o no la invitación?

Dickins sonrió.

—Está invitada, señorita…

—Llámeme Paye —propuso ella con desenvoltura—. ¿Cuál es su nombre familiar, jefe?

—Bueno, yo me llamo John Alamo Dickins… Un capricho de mi padre, ¿comprende?

—Ya, un furibundo tejano. Y, sin embargo, usted vive más al norte…

—Cosas de la vida, Paye.

—Me lo imagino. Bien, le llamaré Allie —se despidió el que para Dickins era un torbellino con faldas—. Hasta las siete y media en el Hardy's.

Dickins se quedó solo, aunque no por mucho tiempo. Aunque Ormesonville era una población pequeña, no faltaban en ella los problemas.

El principal, sin embargo, estaba en la carta que había llegado en el correo de la mañana.

* * *

A Chitty Courts no se le había pasado todavía el susto.

—Te digo que está vivo…

—¡Estúpida! —Exclamó Rawson—. ¿Me crees tan inepto como para no saber cuándo está muerta una persona?

—Pero Ormeson no te llamó cuando se sintió enfermo.

—¿Qué importa eso? Yo hablé con su médico, ausente aquellos días, y tuve que decirle que Ormeson había estirado la pata. Lo que pesa es que tú viste sus ojos abiertos y que te pareció que los abría en aquel momento, eso es todo.

De pronto, un hombre alto, fornido, de agradable presencia, se acercó a la mesa donde almorzaba la pareja.

—Señora Courts.

Chitty alzó la vista.

—Oh, el jefe de policía…

—Señora Courts, lamento lo que voy a decirle, pero no tengo otro remedio. Provistos de un mandamiento del juez, hemos estado en su casa, en donde hemos hallado una sustancia altamente tóxica. Debido a ello, me veo obligada a detenerla, sospechosa de homicidio voluntario en la persona de su esposo.

Chitty se puso lívida.

—Pero…, yo no…

Rawson protestó.

—Jefe, yo era médico del difunto señor Courts…

—Se va a exhumar su cadáver y los forenses harán una autopsia a fondo —contestó Dickins heladamente.

Hubo un instante de silencio. Luego, Dickins, con gran cortesía, extendió una mano.

—Por favor, señora…

Chitty se puso en pie, con la mirada extraviada.

—Marvin, ayúdeme —gimió.

—Descuida —contestó Rawson—. Jefe, buscaré un buen abogado para la señora Courts.

—Está en su derecho —dijo Dickins.

Chitty se tambaleó y estuvo a punto de caerse al suelo. El fuerte brazo del jefe de policía la sostuvo con firmeza.

Había un coche policial a la puerta del restaurante.

Rawson lo observó con gran preocupación. Si hacían la autopsia al cadáver de Courts…

Tardaría algún tiempo, pero, inexorablemente, se sabría la verdad. Entonces, sería detenido y juzgado como cómplice de aquel crimen.

«¡Maldita estúpida! —se dijo—. Si la víspera no hubiera echado a correr, ahora tendríamos el dinero y ya estaríamos alejándonos de la ciudad».

Bien, pensó, él no tenía miedo de los muertos. El dinero sería solamente para uno de los dos…, precisamente, el que no había ido a parar a la cárcel.

* * *

—De modo que todo eso era Ormeson —dijo Faye, después de

que Dickins terminase de hablar.

—Algunos añadían otras cosas. No puedo repetirlas en presencia de una señorita —sonrió él.

—Tengo los oídos encallecidos, Allie. ¿Qué me dice del panteón que mandó construirse cuando aún estaba con vida? Creo que vale una fortuna…

—Ormeson tenía unos gustos artísticos más que discutibles, aparte de mucho dinero, claro está. Personalmente, y aunque tuviese millones, no me encargaría una sepultura como la suya. Me bastaría con un pedazo de tierra, un poco de hierba encima y una cruz de madera.

—Es usted conmovedoramente modesto —rió Faye—. Pero el momento de encargar esa tumba sencilla está todavía muy lejos. Sigamos hablando de Ormeson.

—Usted tiene la palabra, Faye.

—Se rumorea por ahí que era un tipo especial en algunas cosas. Aparte de que fundó la ciudad y que la regía con puño de hierro…

—En los negocios, puede; y quizá, en los primeros tiempo, acomodase la ley a sus conveniencias. Hacía ya algunos años que no tenía ocasión de demostrar su poderío.

—Sí, ya sé que se encontró de repente con un jefe incorruptible. Pero ¿qué me dice usted de los tres millones que mandó enterrar con él? Diríase que pensaba sobornar al diablo, ¿no cree?

—Son habladurías, Faye, no haga caso.

—Se sabe que, desde meses antes de su muerte, fue sacando dinero de varios Bancos. Nadie conoce el lugar a donde ha ido a parar ese dinero.

—He hablado con el director del Banco local…

—El Ormeson Bank.

—Sí, eso mismo. Pero es buen amigo y me ha confiado que su cliente, principal accionista, no sacó nunca sumas mayores de mil dólares en efectivo. Si reunió ese dinero, con la ayuda de otros Bancos…

—Merecería la pena investigar, ¿no cree?

—Faye, no es un delito sacar del Banco dinero propio y guardarlo en alguna parte —contestó Dickins.

—Sí, aunque resultaría un reportaje fascinante… —suspiró ella —. ¡Tres millones enterrados con un muerto caprichoso, para pagar

un buen viaje de ultratumba!

Dickins sonrió.

—Tiene usted demasiada fantasía —comentó.

De pronto, una camarera se acercó a la mesa y puso en ella un teléfono.

—Para usted, jefe —indicó.

Dickins agradeció el gesto. Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Jefe, soy Wayne —oyó—. Tengo noticias para usted.

—Adelante, Matt, le escucho.

—Primero, no había en la carta recibida esta mañana otras huellas dactilares que las de nosotros dos, los empleados de Correos y la oficinista de tumo.

—Siga. ¿Qué más?

—Segundo, el remitente no usó tinta.

—Algún lápiz rotulador…

—No, jefe. ¡La carta está escrita con sangre!

* * *

El coche se detuvo a poca distancia del cementerio. De pronto, Laura Willets lanzó un gemido de espanto.

—¡Hay luz en el panteón!

Lowall saltó al suelo.

—Ilusiones tuyas —rezongó—. Pero, de todos modos, estoy prevenido.

Sacó una pistola con silenciador, comprobó la carga y volvió los ojos hacia la mujer que le acompañaba.

—Quédate aquí —ordenó—. Cuando vengan los otros, diles que estoy arriba, en el panteón.

—E… está bien.

Lowall echó a andar. Momentos después, sin hacer mido, se asomaba por un lado de la puerta del panteón.

Sí, Laura estaba en lo cierto.

Allí había un hombre, trabajando afanosamente, con algo que parecía una perforadora manual, movida por una batería. Lowall reconoció al traidor de inmediato.

Apuntó con todo cuidado. El disparo no hizo apenas ruido.

Rawson se desplomó de costado. Sus pies se movieron un poco.

Muy pronto se quedó completamente quieto.

Una vez que estuvo seguro de que Rawson había muerto, Lowall se acercó al caído y le registró cuidadosamente. Sentía una viva extrañeza por saber la forma en que había entrado Rawson en el panteón, sin forzar la cerradura.

Momentos después, encontraba una llave que hizo saltar en la palma de la mano. Tras reflexionar ligeramente, emprendió el ascenso.

Había más gente con Laura. Varios le miraron inquisitivamente.

—Era Rawson —dijo Lowall, con frialdad.

—¿«Era»? —repitió Gale Hoskeens.

—Sí.

—Pero ¿qué diablos podemos hacer ahora? —rezongó Kent.

—¿No conocéis la noticia? Chitty Courts está en la cárcel, acusada de la muerte de su esposo. Rawson ha desaparecido. Son dos competidores menos, me parece —contestó Lowall.

—Bueno, lo interesante ahora es hacer desaparecer el cadáver de Rawson —dijo Dull Pine.

—Tengo una manta en el maletero de mi coche. Necesito ayuda.

Algunos se estremecieron. Lowall apostrofó a los indecisos.

—¿Qué pasa? —dijo—. Nos esperan tres millones, medio para cada uno. Rawson está muerto, no puede hacemos el menor daño. Si no sois capaces de pensar en ese medio millón…

Laura y Kent fueron los primeros en romper la marcha.

—Habrá que dejar el cuerpo muy lejos —dijo la primera.

—Por supuesto —convino Lowall—. La operación, naturalmente, queda pospuesta. Ya nos reuniremos para acordar una nueva fecha.

—¿Dónde esconderemos el cuerpo? —quiso saber Gale Hoskeens, toda temblorosa.

—El lago de los Gansos Salvajes es un buen sitio —respondió Lowall resueltamente—. Y cuanto antes vayamos allí, mejor para todos.

—¿He… hemos de ir todos? —preguntó Bentlane aprensivamente.

Lowall se revolvió furioso.

—Quédate, si quieres, pero, en tal caso, despídete de tu parte —respondió.

CAPÍTULO III

Chitty Courts había sido una hermosa mujer, pero ahora parecía una sombra de sí misma. Últimamente, Dickins sintió compasión de ella, pero era preciso mostrar un semblante impasible.

—¿Dónde está Rawson? —preguntó.

—No lo sé —contestó ella, sentada en una silla, con las manos sobre el regazo.

—Seamos francos, señora, Rawson era su amante. Usted asesinó a su esposo, para heredar la póliza de cien mil dólares de su seguro. Sabemos que percibió el dinero, pero también lo gastó en menos de dos años. Rawson ha escapado, apenas supo que podía hallarse implicado en el crimen. ¿No puede decirme a dónde ha ido?

Chitty meneó la cabeza.

—No sé… No tengo noticias suyas…

—Señora Courts, ¿se da cuenta de que, en este estado, se ha restablecido la pena de muerte y que puede ser condenada a la horca?

Ella fue presa de un terrible escalofrío.

—Pero, se lo juro… No sé dónde está Rawson…

Dickins se puso en pie. Sentía un verdadero disgusto por tener que tratar a Chitty con dureza, pero no podía, por menos de pensar que, aún no hacía dos años, ella había enviado al otro barrio a su esposo, con plena deliberación, fríamente, y sin sentir el menor remordimiento; a un esposo que estorbaba.

Chitty parecía desmoralizada. Aún lo estaría más. Entonces, hablaría, porque era preciso detener al cómplice que, no sólo había suministrado el veneno, sino que había encubierto el asesinato, bajo el certificado de una muerte por causas naturales.

Cuando salió, vio a Paye aguardándole en la explanada situada frente al edificio.

—Sola —sonrió la chica—. ¿Cómo va su prisionera?

—Abatida, es todo lo que puedo decirle.

—¿De veras? —Paye se pegó al joven—. Vamos, sea explícito con una pobre periodista que quiere labrarse un nombre. Oiga, hace una mañana deliciosa. ¿Por qué no nos vamos a dar un paseo hasta el río?

—Tengo trabajo, Faye —se excusó él.

—Me parece que he dado con un «hueso» —suspiró la muchacha —. Y es tan simpático, tan atractivo…

—No me adule —sonrió Dickins.

—Pero si estoy diciendo la pura verdad. Oiga, ¿no puede perder siquiera el tiempo suficiente para tomar una taza, de café conmigo? Quiero que me dé detalles de la apasionante vida de Henry Q. Ormeson.

Dickins se rindió.

—Quince minutos, Faye —dijo—. En serio, tengo trabajo.

—No rebasaré un solo segundo del tiempo concedido —afirmó ella.

Momentos más tarde, estaban sentados en un bar. Dickins habló durante unos minutos. Luego, ella le hizo algunas preguntas:

—¿Se cree a Ormeson implicado en alguna muerte sospechosa?

—Así decían, pero fue antes de que yo ocupase este cargo.

—¿No investigó?

—Nadie me lo pidió. Por otra parte, no ya las pruebas, sino las sospechas, eran muy débiles.

—Lo cual significa que Ormeson supo borrar bien sus huellas.

—Parece que sí, Faye.

Ella seguía tomando notas.

—Un hombre como Ormeson suele tener un empleado de confianza —dijo—. ¿Quién era?

—Para Ormeson, el único hombre de confianza era él mismo, Faye.

—Pero habría alguien de cierto relieve en su organización…

—Le daré unos cuantos nombres, pero no conseguirá nada, se lo aseguro. Y, un aviso: ya sólo queda un minuto del tiempo asignado.

—Está bien, no voy a abusar de la concesión que me ha hecho. Y, como premio, le diré algo muy interesante, que yo he averiguado por mi parte. Hará cosa de tres meses, Ormeson firmó un cheque, y

lo cobró él mismo, por valor de trescientos mil dólares, en el Cattleman & Land
Bank, de Kansas City. ¿Qué le parece?

—Ormeson, a veces, hacía negocios en los que era imprescindible el contante, Faye.

—Sí, pero también pudiera ocurrir que esos trescientos, mil formaran parte del tesoro de tres millones que se supone escondió en alguna parte.

—Pudiera ser. —De pronto, Dickins alzó la mano—: ¡Nang! Acaba de sonar el gong, Faye.

Ella se echó a reír.

—Nos veremos luego, a la noche —se despidió.

Dickins la contempló alejarse a lo largo de la anchurosa avenida. Faye se movía con seguridad, con pasos largos y elásticos, en modo alguno hombrunos. Una chica resuelta, pero también netamente femenina.

Se puso un cigarrillo en los labios. Luego entró en el coche y arrancó en dirección a su oficina.

Wayne le aguardaba pacientemente.

—Se me ha ocurrido una idea, jefe —manifestó al verle.

—¿Sí, Matt?

—Usted ya sabe lo que se comenta acerca de Ormeson y sus tres millones, escondidos Dios sabe dónde.

—Sí, pero no creo que sean más que rumores sin fundamento…

—Jefe, a veces los rumores acaban convirtiéndose en realidad.

—No es extraño, en efecto. ¿Y bien, Matt?

—El túmulo.

—¿Cómo?

—Usted y yo estuvimos en el entierro de Ormeson. ¿Recuerda cómo es el panteón por dentro?

—Sí, perfectamente.

—Bien, la «pasta» está allí, debajo del ataúd.

—Matt, aun suponiendo que sea cierto, ¿qué alegaríamos ante el juez para solicitar una autorización de registro?

Wayne se encogió de hombros.

—Usted es abogado —contestó—. Entiende de leyes.

Dickins reflexionó unos momentos. De pronto, pensó en el informe de Faye Lytton.

—Matt, si un día llegamos a saber que, realmente,' Ormeson escondió tres millones en el panteón, lo haremos registrar a fondo —decidió finalmente—. Entretanto, ¿cómo van las investigaciones sobre Rawson?

Wayne suspiró.

—Ni rastro, señor —contestó.

* * *

Dull Pine había decidido que podía intentar quedarse con el dinero para él solo. Una noche fue al cementerio y tomó un molde de la cerradura. Un conocido suyo le hizo una llave. Pine realizó unas cuantas pruebas durante varias noches seguidas.

Al fin, consiguió que la llave abriese la cerradura. Sin hacer el menor ruido, penetró en el panteón.

Era una buena idea, se dijo, haber retrasado la búsqueda del dinero hasta que se hubiese calmado la atmósfera después de la muerte de Rawson. Mientras él aprovecharía el tiempo…

Dominando sus aprensiones, examinó a fondo el ataúd y el túmulo de granito, con la ayuda de una pequeña linterna.

¿No habría algún resorte secreto?, se preguntó, mientras contemplaba las garras de hierro que servían de soporte al féretro.

De pronto, oyó un leve chirrido.

Alzó los ojos. La tapa del ataúd giraba lentamente a un lado.

Pine retrocedió, sintiendo en su pecho el loco bataneo de su corazón. No, no era posible…

Una figura humana se sentó en el ataúd. Unos ojos, que fosforescían extrañamente, se clavaron en su redondo rostro, húmedo de sudor como si estuviese untado con manteca.

La voz que le hizo una pregunta era de ultratumba:

—¿Buscas el dinero, Dull?

De repente, Pine se sintió acometido por un terror insuperable. Dio media vuelta y echó a correr enloquecidamente.

Instantes después, saltaba a su coche y lo hacía arrancar a toda velocidad. Un par de kilómetros más adelante salieron a su encuentro los focos de un enorme camión.

Pine se dio cuenta de que iba a chocar y golpeó el volante hacia su derecha. El automóvil saltó al abismo.

Segundos después, se producía una enorme llamarada. Pine

conservaba todavía el conocimiento y pensó que aquel fuego era el del infierno.

* * *

—Sigo averiguando datos interesantes —dijo Paye.

Dickins tenía ante sí unos documentos y los estudiaba con gran atención.

—¿De veras? —murmuró, distraído.

—De verdad. Ormeson sacó doscientos mil dólares del Banco de… ¡Pero no me hace caso! —protestó la chica, poco menos que a voz en cuello.

—Dispense, estaba muy ocupado…

—Entonces, ¿por qué me ha recibido?

—Me gusta ser cortés. —Dickins bajó la voz—. Y ver una cara bonita de vez en cuando.

—Usted sí que tiene la cara dura. ¿No ha oído lo de los doscientos mil?

—¿Ha oído hablar alguna vez del secreto bancario, Faye?

Ella hizo un gesto displicente.

—¿Qué me dice del secreto sobre las fuentes de información?

—Empatados a uno —rió él—. Trescientos y doscientos, hacen quinientos. Todavía quedan dos millones y medio.

—Los encontraré, descuide. Ahora, dígame usted, ¿qué hay en esos papeles tan interesantes, que ni siquiera mira la cara bonita que tiene delante? —inquirió Faye jovialmente.

—Su abuelita la educó a usted muy mal —dijo Dickins—. La verdad, son unos informes sobre varias personas que tuvieron una notable relación con Ormeson.

—Usted manifestó que Ormeson no confiaba en nadie.

—No confiar en nadie no significa ausencia de relación, Faye.

—¿Hay mujeres en la lista?

—Dos. Una, muy guapa, de treinta años o así. La otra ha pasado ya de los cuarenta.

—La primera sucedió a la segunda en los… afectos de Henry Ormeson, supongo.

—No fueron las únicas, Faye.

—¿Quiénes más?

—Sería incorrecto decir nombres, aunque puedo mencionar el de

Chitty Courts.

—Vaya, la mujer que envenenó a su esposo, con la ayuda de un médico, de cuyo paradero no se tiene la menor noticia.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Dickins.

Una joven uniformada entró, portadora de un sobre.

—Para usted, jefe —indicó.

—Gracias, Nellie. Con permiso, Faye.

Dickins estudió el sobre. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Es la misma letra y la misma tinta!

—¿Qué pasa, Allie? —preguntó Faye, llena de curiosidad.

—Hace un instante he dicho tinta. No es una palabra correcta. Lo exacto es decir sangre —contestó él.

Faye contuvo el aliento.

—¿Esa carta… está escrita con… con sangre?

—Sí.

Dickins había rasgado ya el sobre. Apenas leyó su contenido, levantó el teléfono.

—Sargento Wayne, prepárelo todo para una excursión al Wild Goose Lake —ordenó—. Avise también a los hermanos Mallison. Díganles que acudan al lago con todo su equipo.

A Wayne, aunque no era frecuente, una orden semejante no le pillaba por sorpresa.

—¿Algún fiambre en el fondo del lago? —dijo, innecesariamente.

—Sí… corroboró Dickins.

* * *

Las aguas del lago permanecían extrañamente quietas, salvo en las inmediaciones del lugar donde dos lanchas a motor se balanceaban suavemente. De vez en cuando, surgían algunas burbujas a la superficie.

De pronto, una cabeza, cubierta por negra goma, se hizo visible justo en el espacio situado entre las dos lanchas.

—Está allá abajo, jefe, a treinta metros —dijo Ted Mallison—. Mi hermano se ha quedado amarrándole un cable a la cintura.

—¿Es él? —preguntó Dickins.

—Tiene el rostro muy desfigurado. Los peces ya han tenido su

ración…

De pie en la lancha, Faye se tapó la boca con una mano, para contener las náuseas que le producían aquellas declaraciones. Era fácil pensar el estado en que se hallaría un cuerpo humano, después de dos semanas de inmersión en el fondo del lago.

—¿Qué más habéis observado, Ted? —preguntó Dickins.

—Tiene un cable de acero amarrado a la cintura y un peso en el extremo opuesto, una buena piedra. Pero no murió ahogado.

—¿Cómo?

—Hemos visto un agujero en el lado izquierdo de la cabeza, sobre la oreja. Apostaría algo a que es una bala.

Dickins asintió pensativamente.

—Ted, ¿te has fijado si hay agujero de salida?

—No, no lo hay —respondió el buceador.

Entonces, Dickins se volvió hacia el doctor Landis, forense de la policía.

—Extráigale la bala en cuanto pueda, doctor —solicitó.

—De acuerdo, jefe.

Aquella misma tarde, Dickins fue a hacer una visita a la cárcel del condado.

—Avisaré a la señora Courts —dijo la jefa de guardianas.

—Muy bien.

—Ahora le ha dado por los ejercicios físicos —manifestó la funcionaria—. Debe de acordarse de los, tiempos en que era campeona gimnástica en la secundaria.

—Tal vez —convino Dickins con una sonrisa.

Chitty Courts llegó minutos después, envuelta en una bata de tejido esponjoso, una toalla en tomo al cuello. Su rostro estaba sudoroso y encamado.

—Le gusta la gimnasia, parece —comentó Dickins.

—También practicaba antes de entrar aquí, aunque, claro, con menor intensidad. Hacía más vida social, jefe.

—Sí, me lo imagino. Ya sabemos dónde está Rawson, señora Courts.

—En cambio, a mí ya no me importa nada, aunque sí me imagino que resultará interesante para la policía. ¿Dónde está?

—En el depósito de cadáveres, con una bala en el cráneo.

Dickins se llevó, en parte, un chasco, porque Chitty Courts

mantuvo una notable impasibilidad en su rostro. Aquella mujer, pensó, se había recobrado notablemente en las dos semanas escasas que llevaba encerrada en la cárcel.

—No pretenderá acusarme a mí de su muerte, ¿verdad, jefe? —dijo ella al fin.

—No. Solamente vine a decirle que, si confiaba en la ayuda del doctor Rawson, ya se puede despedir de ella.

—¡Sádico! —le apostrofó Chitty, burlonamente. Dickins se puso en pie, con grave expresión.

—La pena de muerte se ha puesto en vigor nuevamente en el estado —recordó, despidiéndose.

CAPÍTULO IV

—Me siento preocupado —dijo Dickins, mientras salían del bar donde habían tomado una taza de café.

—¿Y quién no? —Sonrió Faye—. Pero ¿por qué?

—Es bien sencillo, desconozco la misteriosa identidad del individuo que nos indicó dónde podíamos hallar el cadáver de Rawson. Es el mismo que delató a Chitty Courts, señalándonos dónde podríamos encontrar todavía unas muestras del veneno empleado en la muerte de su esposo… y, en ambos casos, ha empleado sangre como tinta.

—Un sentido del humor más bien macabro —dijo ella.

—Pero también es listo, porque tanto en los sobres como en las cartas propiamente dichos no se ha encontrado ninguna huella dactilar.

—¿Qué me dice del matasello?

—Fueron transportadas por correo interior y en los dos casos usó buzones separados por una notable distancia. Oiga, si un hombre echa una carta al correo a las cuatro de la madrugada, ¿quién se fijará…?

Una voz interrumpió de pronto al joven.

—¿El jefe Dickins?

Era un muchacho de unos doce años, que tenía una carta en la mano.

—Sí…

—Me han dado esto para usted, señor.

—Gracias, chico.

Dickins lanzó una mirada al sobre. De súbito, tuvo un presentimiento.

—¡Chico! —Gritó, cuando el inesperado mensajero no se había alejado todavía una veintena de metros—. Haz el favor, ven aquí.

El muchacho obedeció. Dickins le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo te llamas? —sonrió.

—Billy Parks, señor…

—Pues bien. Billy, ¿tú sabrías decirme quién te ha dado esta carta?

—Era un hombre, alto, delgado… Vestía correcto, no sé más, señor.

—¿Te dio propina?

—Oh, sí, un billete de cinco dólares.

Dickins sacó un puñado de billetes de a dólar de su bolsillo y luego un pañuelo.

—Billy, haz el favor de cambiarme ese billete —pidió.

El chico accedió sin obstáculos. Dickins envolvió cuidadosamente el billete en el pañuelo, aunque no confiaba demasiado en las huellas dactilares de un trozo de papel, que, calculaba, debía haber pasado por numerosas manos. Pero valía la pena intentar la prueba, pensó.

De pronto, vio un coche de patrulla al otro lado.

—Paye, haga señas a aquellos policías de que acudan —pidió.

La muchacha obedeció. Momentos después, dos agentes cruzaban la calle.

—Este jovencito —dijo Dickins—, debe identificar a un hombre que le ha entregado una carta para mí. Como es posible que eso dure mucho, vayan primero con él a su casa y avisen a sus padres. Incluso, si lo desean, pueden acompañarle mientras él revisa nuestros archivos fotográficos. Porque tú, Billy, si le vieras en fotografía, sabrías reconocer al hombre que te dio la carta para mí, ¿no es cierto?

—Sí, señor —contestó el chico, sonriendo.

—El sargento Wayne puede ayudarles también —se dirigió Dickins a los dos agentes uniformados, quienes, inmediatamente, se marcharon con Billy.

—Allie, ¿cree que ese muchacho podrá encontrar al autor de la carta? —preguntó Faye, una vez se hubieron quedado solos.

—Bien, ha dicho que era alto y delgado… El sargento Wayne seleccionará las fotografías de los individuos con esas características, es todo lo que puedo decirle.

Faye sonrió.

—Aún puede decirme más cosas: por ejemplo, el contenido de esa carta que no ha abierto todavía —sugirió.

—¡Es verdad! —exclamó él.

Rasgó el sobre y extrajo una cuartilla, que desdobló en el acto.

—Escrita con sangre, claro —añadió.

Faye leyó la misiva con la cara pegada al hombro del joven:

> «La pistola que disparó contra el doctor Rawson está en la guantera del automóvil de Brigh Lowall».

* * *

El hombre salía de un elegante restaurante, cuando, de pronto, vio que le cerraban el paso.

—¿Señor Lowall?

El interpelado frunció las cejas. Vio a dos policías uniformados junto a su coche y empezó a sentir una vaga alarma.

—Sí, soy yo —dijo al fin—. Usted es…

—Dickins, jefe de policía. Señor Lowall, ¿nos permite las llaves de su coche?

—¿Por qué? No he cometido ningún delito —protestó Lowall.

Dickins advirtió que, bajo las luces de neón, el rostro de Lowall perdía color.

—Las llaves —insistió cortésmente.

Lowall cedió. Dickins las entregó a uno de los guardias. El otro se había situado a espaldas de Lowall.

El agente abrió el coche y la guantera sucesivamente. Sacó un pañuelo, lo desdobló y así pudo coger la pistola con silenciador, guardada en aquel lugar.

Lowall vio la pistola y sintió que se le doblaban las rodillas.

—Tengo un coche cerca de aquí —dijo Dickins.

El individuo bajó la cabeza. Sabía que era inútil protestar.

Había leído los periódicos. Un proyectil del calibre 45 había sido extraído del cráneo de Rawson. En cuanto el departamento de balística hiciera las pruebas pertinentes…

Sin resistencia, se dejó llevar hasta el coche policial.

* * *

En la Jefatura de Policía, Billy Parks, que estaba acompañado de su madre, señaló de pronto una fotografía:

—Éste —dijo.

Wayne parpadeó.

—¿Seguro, Billy?

—Segurísimo, sargento. Absolutamente seguro —contestó el muchacho, con un énfasis impropio de sus doce años.

Wayne, en cambio, no lo estaba del todo. La fotografía correspondía a un tipo que ya estaba muerto.

En tiempos, aquel individuo había tenido un tropiezo con la ley y fue conducido a la jefatura. Aunque no llegó a entrar en ninguna celda, tuvo que someterse a los trámites legales: fotografías, huellas dactilares, datos personales…

El hombre había dicho que tan sólo unos meses antes no hubiera tenido que someterse a semejante humillación. Wayne recordaba muy bien a su jefe, impasible ante los dicterios del detenido, quien, al fin, había sido puesto en libertad, mediante una crecida fianza y los buenos oficios de su abogado.

Pero, aparte de las fotografías de archivo, había otras en un expediente privado que Dickins había ido reuniendo día a día. Wayne buscó la carpeta y trajo un par de fotografías más, ambas de cuerpo entero.

—¿Era éste, Billy? —preguntó.

El chico no vaciló:

—Sí, señor, el mismo.

Wayne emitió una sonrisa de circunstancias.

—Eso es todo, señora Parks —dijo—. Muchísimas gracias a los dos.

Billy y su madre se marcharon. En aquel momento anunciaron al sargento que su jefe acababa de llegar con un detenido.

Dickins había entregado el detenido al sargento encargado de los ingresos, para los trámites de rigor. Luego le interrogaría.

Wayne entró en su despacho.

—Jefe, el chico ha identificado al hombre que le dio una carta para usted —informó.

—Interesante —sonrió el joven—. ¿Quién es?

El veterano sargento meneó la cabeza.

—Mucho me temo que habremos de hacer una excursión a cierto

panteón, porque sería conveniente comprobar si Henry Q. Ormeson está vivo o sólo fue un truco para eludir la acción de la justicia, vengándose de algunos tipos con los que, supongo, debía de tener alguna cuenta pendiente.

—Sargento, ¿está de broma? —exclamó Dickins.

—No, señor. Billy Parks ha identificado a Ormeson con absoluta seguridad, sin la menor probabilidad de error.

* * *

Laura Willets llenó tres copas y las sirvió a sus Invitados.

—Cada vez quedamos menos —dijo.

Gale Hoskeens se estremeció.

—Yo ya he olvidado ese dinero…

—Ahora somos cuatro —dijo Kent—. Tres cuartos de millón por barba.

—Suponiendo que Lowall no nos denuncie —se estremeció Gale.

—¿Qué sacaría con eso? —Exclamó Laura—. Bien, le ayudamos a llevar el cadáver al lago, pero ¿quién disparó? No. Lowall no cometerá la imprudencia de meternos en este jaleo. Todos nosotros diríamos que le obedecimos, porque él nos amenazó con la pistola. Sería su palabra contra la nuestra y el jurado lo tendría en cuenta.

—Eso es cierto —convino Kent—. Aún podríamos decir más. Yo declararía que él me tenía amenazado de muerte si decía algo. ¿Qué diríais vosotras?

—Lo mismo. —Contestó Laura.

Gale se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

—Pero si nos preguntasen qué hacíamos en el panteón… —dijo a poco.

—Lowall no ha dicho nada al respecto. Ni siquiera ha admitido haber matado a Rawson, a pesar de que todas las pruebas están en su contra, Sí, se utilizó su pistola, pero ¿no pudo usarla otro y volverla luego a la guantera de su coche? Es difícil, aunque no totalmente inverosímil —habló Laura.

—Tiene en contra el silenciador de la pistola —intervino Kent—. Una persona corriente que compra un arma para defenderse, no suele usar silenciador, porque no le importa hacer ruido, en caso necesario.

—Aún así, tampoco hay pruebas abrumadoras en su contra.

Nadie le vio disparar, ni siquiera nosotros. Fue al panteón y cuando volvió dijo que Rawson estaba ya muerto. Hasta ahora y, según los periódicos, no ha querido admitir su culpabilidad. Sus abogados, lógicamente, presionan para que se le ponga en libertad o, al menos, que se señale una fianza.

—Entonces, callaremos —decidió Kent—. Cuando salga Lowall, volveremos los cuatro al panteón.

—Antes dijiste algo de unos setecientos cincuenta mil por barba —le recordó Gale—. Si sale Lowall, habrá que rebajar la cifra.

—Prefiero seiscientos mil dólares, sin riesgos en el futuro. Ya que hicimos un pacto, debemos seguir manteniéndolo.

—Lo lamentable es que el pobre Dull…

Bentlane entró en aquel momento.

—Acabo de hablar con uno de los abogados de Lowall —manifestó—. El juez tomará una decisión mañana. El abogado opina que esa decisión será favorable.

—Es una buena noticia —opinó Kent—. Iremos al panteón en cuanto Lowall haya salido de la cárcel.

Un súbito silencio se desplomó sobre la estancia.

De pronto, todos se habían sentido acometidos por un extraño pavor.

Pero la codicia pudo más.

—Iremos al panteón —dijo Laura, resumiendo el sentir general.

* * *

En el pequeño patio de la cárcel, Chitty Courts continuaba sus ejercicios gimnásticos.

Uno, dos…, uno, dos…

Ya tenía treinta años, pero nunca se había abandonado de un modo completo. Claro que no era lo mismo que doce años antes, pero, aun así, el obstáculo no resultaba demasiado difícil.

La altura de la tapia resultaba ridícula: poco más de tres metros. En alguna ocasión, Chitty, incluso, había practicado algo de montañismo.

Un guardia armado vigilaba aburridamente el patio donde media docena de mujeres dejaban pasar las horas muertas. Chitty era la única que hacía algo.

Podía haberlo intentado antes, pero quería seguridad.

Era preciso sorprender al vigilante. Cuando el hombre uniformado se diese cuenta, ella podía estar ya en la plataforma. Entonces, optaría por una de dos cosas: desarmarle o arrojarle al patio de un fuerte empellón.

Tomaría una decisión cuando llegase el momento.

Capítulo V

Con las cartas cuidadosamente guardadas en un portafolios, John Dickins tomó asiento frente al hombre vestido con bata blanca, corta y cerrada hasta el cuello.

—Doctor Bahring, usted era médico particular de Henry Ormeson —dijo.

—En efecto —respondió el interpelado.

—Usted le atendió en todas sus dolencias…

—Excepto en la última. Yo me hallaba, ausente cuando murió, debido a que había ido a una convención médica en Nueva York. Cuando regresé, mi cliente había sido ya enterrado.

—Lo sé. Usted, si no me equivoco, le hizo análisis de sangre en más de una ocasión.

—Es cierto —admitió el galeno.

—También sé que, en cierta ocasión, sufrió un pequeño accidente y que usted le atendió hasta que sanó por completo.

—Verdad, jefe.

—¿Conserva todavía alguna muestra de sangre de su cliente, doctor?

Bahring se sorprendió de la pregunta.

—¿Por qué lo dice, jefe?

—Se lo explicaré después —sonrió Dickins—. De momento, me interesa la respuesta.

—Bueno, sí, algo debe quedar en su carpeta… Por cierto, no sé cómo no la he destruido; ya no podré utilizar más sus datos…

—¿Usted podría afirmar que una muestra de sangre pertenece a una misma persona, si conservase los datos recogidos con anterioridad?

—El porcentaje de error sería mínimo —sonrió Bahring.

Dickins puso sobre la mesa las tres cartas.

—Están escritas con sangre —declaró—. Haga los análisis pertinentes y avíseme en cuanto pueda.

Bahring respingó.

—Oiga, jefe, no irá a decirme que Ormeson ha vuelto de su tumba para…

Dickins meneó la cabeza.

—No, por supuesto; lo que sucede es que muy bien pudo simular su muerte y que trata de engañarnos a todos —contestó.

—Pero ¿con qué motivos? —exclamó Bahring.

—Cuando encuentre a Ormeson, lo sabré.

—Hay muchos testigos de su entierro…

—Esta noche, debidamente autorizado, iré a ver si su cadáver está en el ataúd —contestó Dickins.

Horas más tarde, el sargento Wayne dijo que aquello no le gustaba.

—Es nuestro oficio —le recordó Dickins.

—Sí, señor —suspiró Wayne, mientras el cerrajero se afanaba en la cerradura de la verja del panteón.

Faye se estremeció ligeramente.

Había un par de policías más, aparte del forense, quien había distribuido máscaras antisépticas para todos los presentes. Algunas lámparas iluminaban la escena.

—Me pregunto por qué no pudimos hacerlo de día —se quejó Faye.

—He tenido trabajo —se disculpó Dickins.

La puerta quedó abierta al fin. Una potente linterna alumbró el interior del panteón. Durante unos segundos, todos permanecieron inmóviles, sin atreverse a despegar los labios.

Dickins fue el primero en reaccionar. Cruzó el umbral, descendió los cuatro escalones que separaban el exterior del suelo del panteón y se acercó al túmulo, sobre el cual se hallaba el féretro.

El forense se situó a su lado. Faye quedó en la entrada, muy impresionado, a su pesar.

Dickins descorrió los cerrojos. Dos de los agentes levantaron la tapa del féretro.

—Bueno —resopló el sargento Wayne—, ese viejo pirata sigue ahí.

Dickins frunció el ceño. Ormeson llevaba muerto más de cinco

semanas. ¿Por qué conservaba un aspecto casi completamente normal, a excepción de una acentuada palidez?

El forense puso una mano en la mejilla del muerto.

—Es curioso —murmuró—. Diríase que ha fallecido escasamente hace unas horas.

Dickins se animó también y pudo comprobar la flexibilidad de los tejidos, pese a la frialdad epidérmica. El médico levantó los párpados y luego movió un poco los brazos y las piernas del ocupante del ataúd.

—No lo comprendo, no lo comprendo —dijo—. En cinco semanas, tendría que apestar…

Dickins hizo una seña con la mano.

—Sargento, es preciso tomar las huellas dactilares del cadáver —dijo.

—Sí, señor —contestó Wayne.

Minutos después, salían del panteón.

—Allie, ¿por qué tomar las huellas del muerto? —preguntó Paye.

—Es bien sencillo: algún vivo se hace pasar por Ormeson. Con qué fines, no lo sé, pero puede que tenga mucho que ver con esos supuestos tres millones que Ormeson escondió en algún sitio, antes de morir.

—No tan supuestos, Allie —dijo la muchacha—. He recibido nuevos informes. Se sabe de otro Banco del que Ormeson había ido reuniendo, en reintegros sucesivos.

De pronto, Dickins se acordó del billete de cinco dólares que había cambiado a Billy Parks.

Sería cosa de averiguar la numeración del dinero que Ormeson había ido reunido, en extracciones sucesivas. Pero nada más que con los datos suministrados por la muchacha, la cifra alcanzaba ya proporciones exorbitantes.

—Ya tenemos novecientos mil dólares —dijo.

—Faltan, todavía, dos millones cien mil —calculó Faye.

Wayne salió del panteón.

—Listo, jefe —anunció.

Dickins hizo un gesto con la cabeza.

—Trate de comparar las huellas cuanto antes —pidió.

—Sí, señor.

El operario cerró la verja. Luego, en silencio, emprendieron todos el descenso hacia la carretera, donde se habían estacionado los vehículos.

Al día siguiente, Dickins tuvo que firmar una orden de libertad.

Lowall sonrió casi insultantemente.

—Ya decía yo que…

—Cuando le detuvimos, estuvo a punto de desmayarse —cortó el joven con dureza—. Eso no le pasa a un hombre inocente.

—Alguien robó la pistola de mi coche, jefe.

—Las personas decentes que tienen pistola para su defensa personal, no le acoplan un silenciador.

Lowall se encogió de hombros.

—No fui yo —insistió.

—Váyase de una vez —gruñó Dickins, furioso porque sabía que se le había escapado la presa. Si una vez había visto a un asesino, lo tenía ahora frente a su mesa.

Lowall dio media vuelta. Entonces, Dickins decidió hacer una prueba.

—¿Por qué mató a Rawson, Lowall? —preguntó de sopetón.

—Porque…

Lowall se mordió los labios inmediatamente. Dickins soltó una risita.

—Encontraré pruebas de que usted mató a Rawson —dijo.

El sujeto se alejó con paso rápido, furioso consigo mismo por la imprudencia cometida. La respuesta había estado a punto de brotar de sus labios instintivamente y aunque se había contenido a tiempo, no había podido evitar aquella palabra, que podía comprometerle gravemente.

Sería preciso andar con pies de plomo durante una temporada. Luego, cuando todo se hubiese calmado, buscaría los tres millones…

Wayne entró en el despacho momentos después.

—Confirmado, señor —dijo—. Las huellas dactilares del muerto corresponden con las que guardamos aquí, en el archivo.

Dickins se mordió los labios. ¿Quién suplantaba a Ormeson y con qué fines?, se preguntó, tremendamente desconcertado.

* * *

En tiempos, alguien había tenido la poco brillante idea de colocar una verja en torno a la entrada de la prisión. Era una verja de forma rectangular, de unos dos metros y medio de altura, cuyos hierros terminaban en puntas muy agudas. El autor de la idea había pensado que ello proporcionaría un aspecto más artístico a la entrada, sobre todo, si entre los hierros y la fachada se sembraban hierbas y flores.

Lo cierto era que nadie, salvo por las noches y no todas, cerraba la puerta de la verja. Se consideraba suficiente con la puerta del edificio para guardar a sus huéspedes, además de otras rejas interiores. En alguna ocasión, se había discutido la conveniencia de quitar aquella verja, pero nadie había tomado la decisión. A nadie importaban unos hierros más o menos.

El rectángulo de hierros terminados en punta medía unos doce metros de largo por la mitad de ancho, aproximadamente. La longitud era algo mayor que la anchura de la fachada principal, prolongada a ambos lados por la tapia de dos patios, uno de ellos destinado a las mujeres.

Chitty Courts estaba en el patio de la derecha. De pronto, vio que el guardia estaba vuelto de espaldas.

Los centinelas salían a la pequeña plataforma de vigilancia por una puertecita lateral del edificio. La plataforma tenía escasamente cuatro metros de largo por menos de dos de anchura. Cuando llovía, el centinela se resguardaba dentro del caserón.

De súbito, Chitty echó a correr.

Cinco mujeres contemplaron la escena en completo silencio. En el último instante, Chitty saltó, estiró las manos y se agarró al borde de la plataforma, protegida por una sencillísima barandilla de hierro.

El guardia empezó a volverse. Chitty se puso en pie. El guardia se encontró frente a frente con una de las presas.

Antes de que pudiera hacer nada, Chitty le agarró por los hombros y le asestó un terrible empujón. El vigilante dio una voltereta por encima de la barandilla y cayó al patio.

Chitty no perdió un segundo más. Saltó.

Eran sólo tres metros y medio y había hierba.

Pero antes de llegar a la hierba había unos hierros terminados en punta. Chitty lo advirtió demasiado tarde, cuando ya una de

aquellas puntas le entraba en el pecho, bajo el esternón.

El horripilante alarido de la fugitiva llegó hasta el patio, donde cinco mujeres atendían al guardián, aturdido por el golpe de la caída. Cinco pares de ojos se elevaron hasta el borde de la tapia.

Al otro lado, Chitty pataleaba convulsivamente, ensartada por la lanza de hierro. De pronto, vio un rostro que sonreía.

—Abajo te esperan —dijo Ormeson.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Pronto lo sabrás.

Chitty lo supo unos segundos más tarde.

* * *

Una ambulancia partió a toda velocidad, llevándose al guardián, lesionado de cierta consideración. Los sanitarios de otra ambulancia cubrían con una sábana el cuerpo depositado sobre una camilla.

—Esa mujer estaba loca —rezongó el jefe de vigilantes.

Dickins asintió en silencio.

Ahora comprendía la inesperada reacción de Chitty, al dedicarse a los ejercicios gimnásticos. Desde el primer momento, había pensado en la fuga.

Pero había calculado mal. El jefe de vigilantes no se había recobrado todavía de la espantosa impresión que le había causado ver el cuerpo de la fugitiva, colgado del hierro de la verja, dejando caer sobre la hierba torrentes de sangre.

—Lo malo es que otros puedan imitar su ejemplo, pero calculando mejor el lugar del salto —dijo.

—Será cosa de pedir dinero al municipio, para elevar la altura de la tapia —manifestó Dickins—. Haga un informe de lo sucedido; yo me encargaré de presentárselo al alcalde.

—Sí, señor.

Dickins regresó a su oficina. Marvin, Rawson, Chitty Courts, Dull Pine… Todos ellos habían tenido relación con Ormeson.

Y ahora estaban muertos, si bien no se podía culpar a nadie de la muerte de Chitty, salvo a ella misma. Dull Pine había muerto en un accidente de automóvil, bastante inexplicable, por cierto.

En cuanto a Rawson…

Al llegar a su despacho, Wayne le dijo que el doctor Bahring quería hablar con él.

Dickins marcó un número de teléfono. Poco después, oía la voz del médico.

—Está comprobado —dijo Bahring—. Es sangre de Ormeson.

—Pero él está muerto…

—La sangre se puede conservar durante algunas semanas, jefe.

—Lo sé, doctor. Pero ¿es creíble que Ormeson se dejara sacar cierta cantidad de sangre para que, después de su muerte, alguien se divirtiese enviando unos anónimos?

Al otro lado de la línea, Bahring se encogió de hombros.

—Jefe, este problema es cosa suya —manifestó—. Yo ya le he dicho cuanto sé, no puedo hacer más.

—Gracias, doctor. Enviaré a un agente a recoger esas cartas.

Dickins colgó el teléfono y miró a su principal ayudante.

—Wayne, ¿qué siniestro bromista ha tomado la personalidad de Ormeson? —dijo.

El sargento se encogió de hombros.

—Puede que sea siniestro, pero, en todo caso, es muy listo —respondió.

CAPÍTULO VI

—Estás en libertad, pero te vigilan —dijo Jim Kent.

Lowall se encogió de hombros.

—Ya se cansarán —respondió fríamente.

—Tres millones se están pudriendo… —dijo Laura con acento quejumbroso.

—Creo que podemos esperar todavía un poco, ¿no? —rezongó Lowall.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —dijo Bentlane.

—A mí me dan ganas de salirme de este asunto —se estremeció Gale Hoskeens.

—Está bien. Tu parte será para nosotros —dijo Lowall.

—Ciento cincuenta mil más para cada uno —rió Laura.

—¡Diablos, no! —exclamó Gale.

—Entonces, sigue —dijo Kent.

—¿Por mucho tiempo?

Un fuerte trueno sacudió la atmósfera. Empezó a llover.

Bentlane se acercó a la ventana.

—Podríamos ir esta noche —sugirió—. La tormenta durará. He oído el boletín del tiempo y no da buenas noticias al respecto.

Se oyó otro trueno. La lluvia tamborileó contra los vidrios de la ventana.

—Esta noche —dijo Kent.

—¿Todos? —murmuró Laura.

—No hay más que un bote y todos estamos embarcados en él —exclamó Lowall.

En su oficina, Dickins contemplaba la lluvia que limpiaba las calles.

—Tiempo de perros —mascculló.

El interfono sonó en aquel momento.

—Jefe, la señorita Lytton desea verle —anunció la telefonista.

—Bien, dígale que pase.

Faye entró instantes después, con el impermeable todavía brillante por el agua.

—Vaya tiempecito —sonrió.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas y se alejó, con el fragor de un gigantesco carro rodando sobre planchas de metal.

Dickins puso delante de la muchacha un vaso de papel con café caliente.

—Esto reconforta —sonrió.

—Sí —convino ella—. ¿Alguna novedad?

—La sangre de los anónimos es de Ormeson.

—Me lo figuraba, Allie.

—¿No le extraña, Faye?

—Es lógico.

—Alguien ha tomado su identidad —dijo él.

—Me lo imagino. Pero ¿con qué motivo?

Dickins acabó el café que también se había servido.

—Ormeson tenía infinidad de enemigos. Muchos de ellos hubieran sido capaces de asesinarlo. Quizá lo asesinaron.

—Entonces, alguien quiere vengar esa muerte.

—Eso parece, aunque no son más que suposiciones. Si conociéramos los motivos…

—¿Qué motivos, Allie?

—Los del supuesto asesinato de Ormeson. Sí, hay enemistad, pero ¿qué originó esa enemistad?

—Tomemos las cosas desde otro punto de vista. ¿Quién apreciaba a Ormeson lo suficiente para vengarle?

—Tal vez no se trate de cariño, sino de interés.

—Los tres millones.

—Sí.

—¿Ha averiguado más al respecto?

—Otros doscientos mil.

—Entonces, ya tenemos un millón cien mil.

—Justamente, Allie.

Un espantoso trueno pareció ir a destrozar todos los vidrios de las ventanas. El cielo se tomaba cada vez más oscuro.

Wayne entró en aquel momento con un papel en la mano.

—Jefe, el billete de cinco dólares que cambió a Billy Parks, procede de una operación que hizo Ormeson hace cuatro meses, en Louisville, en el *Exeter Bank*.

—Cuatrocientos mil —dijo Faye.

Dickins frunció el ceño.

—¿Cómo sacó Ormeson el dinero?

—Billetes de cien, cincuenta, veinte, diez y cinco —recitó Wayne —. No dio explicaciones, pero dada la suma, que pidió con cierta antelación, el director del *Exeter* hizo que se tomase la numeración de todos los billetes. He hablado personalmente con él y dice que fue Ormeson quien se llevó el dinero.

—¿Seguro?

—Seguro, jefe.

—Allie, un hombre alto y delgado, ¿no podría ponerse una máscara realizada antes, con las facciones de Ormeson? —dijo Faye.

—Sí, pero ¿por qué?

—Pues para vengar su muerte…

—Si Ormeson sabía que iba a morir, ¿por qué no se previno? ¿Por qué no nos avisó?

Ella se encogió de hombros.

—No podemos preguntárselo —respondió—. Pero muchas veces, aunque se tomen precauciones después de una amenaza de muerte, no se logra evitar que el asesino alcancé el éxito.

—Aun así, resulta incomprensible que Ormeson preparase una venganza tan refinada. Pero aún más incomprensible es que supiese dónde había guardado Chitty Courts el veneno que le sobró, después de matar a su esposo, y que supiese igualmente dónde estaba la pistola que sirvió para dar muerte a Rawson. ¿Cómo explicar estos enigmas?

—Todavía hay otro mucho mayor, Allie.

—¿Sí, Faye?

—¿Cómo conocía el autor de los anónimos el lugar exacto del lago dónde podría encontrarse el cadáver de Rawson?

Dickins meneó la cabeza.

Realmente, no sabía encontrar una respuesta.

Un nuevo trueno estalló fragorosamente en la atmósfera. La lluvia continuaba cayendo sin cesar.

* * *

Las rachas de viento inclinaban el viejo ciprés situado junto al panteón. El tronco crujía en ocasiones.

Era un ciprés muy alto, mucho más que lo normal en un árbol de su especie. Pero había sido plantado hacía muchísimos años.

Un vivísimo relámpago iluminó la atmósfera. La intensidad de la lluvia se había atenuado en parte, aunque no hubiera cesado por completo.

Un par de lucecitas oscilaban a ras del suelo. Cinco personas caminaban en fila india. Noah Bentlane marchaba en primer lugar.

Si la lluvia había amainado en parte, el viento arreciaba en sus embates, aparte de que, en las alturas, la intensidad de la tormenta no había disminuido. De cuando en cuando, un enorme relámpago, seguido del inevitable cañonazo del trueno, iluminaba el suelo con lívidos resplandores.

Las cinco personas llegaron al panteón. Todos llevaban impermeables, pantalones y botas de goma. Bentlane, algo impaciente, se adelantó irnos pasos.

Lowall, Kent y las dos mujeres se detuvieron a unos metros del panteón. Lowall alzó su linterna.

Bentlane abrió la verja, sosteniendo con la mano derecha una de las dos hojas de hierro. Con la otra mano, agitó la linterna.

—Adelante, señoras y señores —dijo.

De súbito, una fortísima ráfaga de viento hizo que el viejo ciprés se inclinara enormemente. El tronco y las raíces crujieron.

En el mismo instante, brilló una luz intensísima. Algo chasqueó de modo horrísono.

La descarga eléctrica alcanzó la inclinada punta del ciprés. Algunas de sus ramas estaban en contacto con el borde superior de la verja que Bentlane sostenía con la mano derecha.

Durante un segundo, los hierros se pusieron al rojo vivo. El cuerpo de Bentlane sufrió una espantosa sacudida. La descarga arrojó por tierra a cuatro personas.

Un terrible olor a azufre y carne quemada se expandió por la atmósfera, Lowall, apoyado en un codo, aturdido, lanzó una mirada hacia el cuerpo ennegrecido que yacía al pie de la reja.

Laura y Gale se quejaban sordamente. Kent había perdido el conocimiento.

Aquel estruendo pareció el principio del final de la tormenta.

Las rachas de viento cesaron casi por completo. La lluvia, que aún caía, sin embargo, apagó muy pronto las llamas que habían prendido en las ramas y el tronco del ciprés desarraigado, que ahora aparecía apoyado contra el panteón.

Lowall se puso en pie y ayudó a levantarse a las mujeres. Kent empezó a recobrarse.

Entonces, una ruidosa carcajada estalló en el interior del panteón.

Parecía la risa del demonio. Laura chilló.

Gale optó por desmayarse. Lowall apenas si tuvo tiempo de sostenerla en brazos.

Kent se tambaleaba como un beodo. De pronto, Lowall se sintió acometido por un terrible acceso de ira.

—¡Pues aunque no quieras, volveremos y nos llevaremos tu dinero! —aulló.

—Vámonos, vámonos —dijo Laura, llena de pavor.

Lowall acabó por acceder. Pero antes pensó que sería conveniente no dejar señales de su paso.

Se acercó a la verja del panteón, cerró y guardó su llave. Al día siguiente, alguien encontraría el negro cadáver de Bentlane. Nadie, sin embargo, podría relacionarlo con ellos.

* * *

—El cuerpo ha sido identificado —dijo el sargento Wayne.

Dickins tomó los papeles que su subordinado tenía en la mano. Después de leer unos momentos, exclamó:

—¿A qué diablos fue Noah Bentlane al cementerio, en una noche de tormenta?

—No lo sé, jefe, pero si buscaba algo, ¿no le parece que la ocasión resultaba adecuada?

—Electrocutado por un rayo… Wayne, ¿verdad que parece un castigo de Dios?

El sargento se estremeció.

—Jefe, no diga esas cosas…

—Wayne, hay algo que hemos descuidado un poco y que voy a encargarle a usted muy particularmente.

—Sí, señor. ¿De qué se trata?

Dickins había hecho una lista de nombres.

—Todos ellos tuvieron ciertas relaciones con Ormeson. Lo que interesa, exactamente, es averiguar en qué consistían esas relaciones, no en lo que todo el mundo podía ver, sino en lo que nadie veía de ordinario. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

—Haga lo que pueda. Wayne.

—Lo intentaré, jefe.

Faye entró en la oficina minutos más tarde.

—¿Hay novedades, Allie? —preguntó.

—Puede haberlas —respondió él.

—¿Cómo?

Dickins miró fijamente a la muchacha.

—Tengo que hacerle una proposición —dijo.

—Honesta, supongo —rió ella.

—Según se mire. Se trata de que pase la noche conmigo…

—¡Jefe Dickins!

—… en el panteón de Ormeson. ¿Se atreve?

—Ah, bueno, sólo se trata de una noche en el cementerio.

—¿Cómo? ¿No siente miedo?

—Allie, los muertos no hacen nunca daño —respondió ella sentenciosamente.

—Resultará macabro.

—Así tendré algo que contar a mis lectores. ¿Cuándo?

—Hoy mismo, Paye.

—Bien, estaré lista después de la cena. Si le parece, llevaré una bolsa con algunos bocadillos y un termo lleno de café. A la madrugada, tendremos hambre y sed.

—Buena idea —aprobó él—. Llévese también un chaquetón.

—De acuerdo. ¿Tendremos que sentarnos en el suelo? ¡Está horriblemente frío!

—Ya he previsto eso y tengo dos sillas plegables, tipo *camping*, además de una linterna y algunas velas.

Faye sonrió.

—Será una noche memorable —aseguró.

CAPÍTULO VII

El viento gemía melancólica e intermitentemente al pasar por las ramas de los árboles. Después de un largo rato de charla, Dickins y la muchacha habían optado por guardar silencio.

Estaban a la derecha de la entrada, junto al rincón. Faye empezó a dar cabezadas.

Dickins optó por apagar las luces. Si alguien iba a venir, sería mejor que no viese nada. Incluso había cerrado la verja, a fin de comprobar si el posible intruso tenía alguna llave de la cerradura.

La lluvia había cesado. El ciprés derribado por la tempestad había sido retirado.

El viento, incluso, llegó a calmarse. Dickins fumó un par de cigarros, y luego, aburrido, apoyó la cabeza en la pared de granito.

Quizá perdía el tiempo, se dijo.

Pero no podía dejar de hacerlo. Bentlane no había muerto por casualidad, aunque su muerte fuese accidental. Y, estaba seguro, no había ido solo al panteón.

La lluvia había borrado las huellas de sus acompañantes. Era una lástima.

Empezó a dormirse. De pronto, oyó un débil ruidito en la cerradura.

El sueño desapareció inmediatamente de sus ojos. Se felicitó por haber apagado las luces.

Faye dormía aún. Dickins tapó su boca con una mano. Ella se sobresaltó, pero en seguida comprendió lo que sucedía.

Los chirridos se repitieron. Al otro lado de la cerradura, alguien soltó un juramento en voz baja.

Faye contuvo sus nervios. Al fin, se oyó el débil sonido de la puerta al girar sobre sus bisagras.

Una linterna proyectó sus rayos de luz al interior del panteón.

Dickins y la muchacha permanecían absolutamente inmóviles.

Sonaron varios pasos. Una figura humana apareció ante los ojos de los dos jóvenes.

Dickins esperaba que el intruso se dirigiera al ataúd, pero se quedó sorprendido cuando vio que giraba a la izquierda y se acercaba al muro de aquel lado, a irnos seis o siete metros, de distancia.

El sujeto le resultaba desconocido. De pronto, se creyó en el deber de intervenir y se puso en pie.

—Hola —dijo.

El hombre lanzó un grito y cayó al suelo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Faye, atónita.

Dickins sonrió.

—Se ha desmayado de miedo —dijo, a la vez que se arrodillaba junto al caído y empezaba a darle palmaditas en las mejillas.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, regordete y casi calvo. De pronto, abrió los ojos.

—Señor Ormeson, se lo juro, yo no quería… Siempre fui honrado…

—No soy Ormeson, amigo —dijo Dickins—. Vamos, póngase en pie; la señorita y yo somos de carne y hueso.

El individuo se levantó y miró a la pareja con ojos de pasmo.

—¡Usted es el jefe Dickins! —exclamó.

—Bien, no hay motivos para negarlo, pero dígame, ¿quién es usted?

El hombre temblaba ligeramente. De pronto, echó la mano atrás.

—Cuidado —dijo Dickins—. Mire lo que tengo en la mano.

—No voy a sacar un arma, jefe. —En la mano del individuo apareció un frasquito plano, de metal—. Si después de lo ocurrido no me tomo un traguito o dos… ¡Cielos, qué susto! ¡Creí que el difunto había resucitado!

El hombre bebió, chasqueó la lengua y añadió:

—Ya estoy mejor —declaró—. Me llamo Lafe Ewington.

—Y ha venido a robar.

—Bueno, según se mire… Para el papel que desempeña…

—¿A qué se refiere usted, Lafe?

—Espere y lo sabrá, jefe.

Ewington ofreció el frasco sucesivamente a los dos jóvenes,

quienes lo rechazaron con sendos movimientos de cabeza. Se encogió de hombros, volvió a beber, puso el tapón y lo guardó de nuevo en el bolsillo posterior de los pantalones.

Acto seguido, giró sobre sí mismo y se acercó de nuevo a la pared del lado izquierdo. Dickins observó que estaba constituida por grandes sillares de granito, muy pulidos y de dimensiones exactas. Cada una de las piedras medía al menos ochenta centímetros de largo por sesenta de alto.

Ewington puso las dos manos en una de aquellas piedras y presionó sucesivamente con la derecha y la izquierda. De pronto, se oyó un ligero chasquido.

La piedra se convirtió en una delgada losa que, separada con cuidado, quedó en el suelo. Un hueco apareció a la vista de los presentes. En su interior había un extraño artefacto.

—No será una bomba de tiempo —se alarmó Dickins.

—Oh, no, en absoluto. Se trata de… Bueno, yo me preguntaba para qué diablos podría querer un difunto un sistema de alarma. Lo construí yo según sus indicaciones y es de diseño propio, muy avanzado, aunque sea inmodestia decirlo. Pero aquí no sirve de nada, así que pensé en llevármelo y ganarme irnos cientos de dólares extra… Total, a él no le va a servir para nada…

—¡Un momento! —Exclamó Dickins—. Ha dicho un sistema de alarma.

—Eso es, jefe.

—Explíqueme usted su funcionamiento.

Ewington se inclinó y alzó la losa que acababa de quitar.

—Vea —indicó—. Aquí en el centro hay un orificio apenas perceptible, que sirve para dejar paso a los rayos de luz que actúan sobre una célula fotoeléctrica instalada en el aparato. Éste, como verá, se halla a un metro veinte del suelo. Cualquiera que se acerque al túmulo, hará funcionar la alarma.

—Y sonará aquí, en el panteón…

—Oh, no, en la residencia del difunto. Según me dijo el señor Ormeson, su mayordomo, al oír la alarma, debería avisar a la policía…

—Aquí ha estado gente a manadas y el mayordomo de Ormeson jamás dijo nada —exclamó Dickins.

Ewington pareció sentirse perplejo al oír aquellas palabras.

—Pues el aparato funcionaba; yo mismo lo probé repetidas veces… Y su batería es de toda confianza y debe durar un año al menos…

—Esta misma noche, la señorita Lytton y yo nos hemos acercado al féretro. Por tanto, la célula fotoeléctrica ha debido registrar la presencia de nuestros cuerpos. Esto, sin contar otras personas que han estado en ocasiones anteriores y las que hayan podido entrar sin que nosotros lo sepamos.

—Es increíble —dijo Ewington—. Mi aparato debía enviar entonces una señal, que accionaría, por radio, la alarma instalada en la residencia de Ormeson…

—¿Está seguro de que «eso» funciona? —preguntó Faye.

Ewington permaneció inmóvil un momento. Luego, de pronto, se volvió hacia el aparato, con un pequeño destornillador en la mano derecha.

Momentos después, separaba la tapa. El interior del aparato quedó al descubierto. Ewington se ayudó de una linterna para escudriñar en el mecanismo de la caja. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡El cable que une la batería con el transmisor está cortado!

—¿Seguro, Lafe? —preguntó Dickins.

—No cabe la menor duda, jefe. Conozco muy bien este cacharro… Pero no tengo la menor idea de quién pudo hacerlo, créame.

Dickins meditó unos instantes.

—Lafe —dijo al cabo—, ¿puede reparar esa avería?

—Claro, no es difícil. Basta hacer un empalme…

—Hágalo, deje todo tal como estaba y me olvidaré de su incursión en este sitio.

Ewington suspiró.

—Mi negocio se ha ido al agua —dijo melancólicamente.

—Lafe, esto que ha hecho podía haberle costado seis meses de cárcel —manifestó Dickins—. De modo que todavía ha salido ganando, ¿comprende?

—Sí, ya veo.

Ewington trabajó activamente durante unos minutos. Al fin, el panteón quedó con su aspecto normal.

—Ya está —dijo.

—Lafe, le requiero oficialmente para que guarde secreto absoluto —exclamó Dickins con severo acento—. De lo contrario, podría sufrir graves contratiempos. ¿Está claro?

—Descuide, jefe.

Dickins resolvió dar por concluida la estancia en el panteón y se dirigió hacia la puerta. Ewington tenía una llave de la verja y se apoderó de ella.

—No hable con nadie del asunto —insistió.

Momentos después, Dickins y la muchacha quedaban a solas.

—No se puede considerar que hayamos perdido la noche —dijo Faye.

—Ciertamente, todo lo contrario. Pero mañana resultará muy interesante una conversación con el mayordomo de Ormeson.

—Me pregunto qué objeto tiene seguir en ese empleo, después de la muerte del hombre que le pagaba. ¿Qué opina usted al respecto, Allie?

—Faye, ¿de veras murió Ormeson?

Ella respingó.

—¿Aún lo duda, después de todo lo que ha averiguado al respecto, incluyendo las huellas dactilares?

—A pesar de todo, aún lo dudo —contestó él, lleno el ánimo de una tétrica incertidumbre.

* * *

El mayordomo era un hombre de unos cincuenta años, alto, seco, estirado, con largas patillas y estaba solo en la lujosa residencia de Ormeson, en la que, según sus manifestaciones, una mujer le ayudaba en la limpieza dos veces por semana. Su nombre, según declaró, era Wladimir Baxter.

—¿Por qué Wladimir? —se extrañó Dickins.

—Mi madre era rusa de origen, señor. Su padre, es decir, mi abuelo, había viajado a este país con la familia, cuando estalló la revolución bolchevique… Ya no volvieron más a Rusia, compréndalo.

—Sí, desde luego. Pero me extraña una cosa, Wladimir…

—El señor Ormeson me llamaba siempre por el apellido, señor.

—Está bien, Baxter. ¿Quién le paga a usted el sueldo?

—El Banco del difunto señor, señor. Su director tiene

instrucciones al respecto, así como también de pagar los gastos de la casa y el sueldo de la mujer de la limpieza. Es todo cuanto puedo decirle, señor.

—Salvo el tiempo que le va a durar a usted el empleo.

—Un año, señor. Cuando haya transcurrido ese plazo, el Banco del difunto señor me pagará el sueldo de dos años más y yo quedaré libre para emplearme donde mejor me parezca.

—Muy bien, Baxter. Dígame ahora qué hay de la alarma que el señor Ormeson hizo instalar en el panteón.

—No ha funcionado jamás, señor.

—¿Cómo?

—Si el señor tiene la bondad de seguirme…

—Por supuesto, Baxter.

El mayordomo se inclinó ligeramente y luego echó a andar, rígido, erecto, absolutamente impasible. Entró en el gabinete de trabajo y se acercó a uno de los muros, descolgando un cuadro a continuación.

Debajo del cuadro apareció un hueco, en el que se veía un aparato muy semejante al que había en el panteón.

—Si alguien intentase violar la sepultura del señor, sonaría un timbre potentísimo, que me alertaría de inmediato —declaró Baxter—. Caso de que estuviese durmiendo, otro timbre análogo sonaría igualmente en mi dormitorio.

—Y ninguno de los dos han sonado desde que murió el señor Ormeson.

—En efecto, señor.

Dickins hizo un gesto con la mano. El cuadro volvió a su sitio.

—¿Desea el señor algo más? —consultó Baxter.

—No, gracias, eso es todo…, salvo que tenga la bondad de avisar a jefatura, apenas oiga sonar la alarma.

—Sí, señor. Perdone el señor… ¿Teme el señor que alguien vaya a violar la sepultura de…?

Dickins emitió una sonrisa de circunstancias.

—¿Para qué se instalan los sistemas de alarma, Baxter?

—El señor tiene toda la razón —contestó Baxter, a la vez que se inclinaba profundamente.

Dickins regresó a la jefatura. Entre las cosas que Baxter había dicho recordaba muy bien haber oído que el mayordomo no había

asistido siquiera al funeral, ni tampoco había estado presente cuando Ewington instaló la alarma.

Baxter se había enterado de todo pocos días antes de la muerte de Ormeson. Pero nunca había estado en el cementerio y, según sus propias declaraciones, aquél era el primer día que descolgaba el cuadro que ocultaba el receptor de la alarma. Ormeson se lo había enseñado el día en que la alarma quedó instalada. Ya no había vuelto a ver el receptor hasta aquel momento.

Según Baxter, sólo tres personas conocían la alarma. Una de ellas estaba muerta. Si Baxter no había ido al cementerio y Ewington tampoco había estado hasta la noche anterior, ¿quién había cortado el cable que conectaba los mecanismos eléctricos con la batería?

CAPÍTULO VIII

El hombre se acercó sigilosamente a la verja del panteón y tanteó unos momentos en la cerradura. Después de varios intentos, consiguió abrir.

La lámpara que Jim Kent llevaba en la mano osciló varias veces, iluminando distintos puntos del interior del panteón. Luego, paso a paso, inició el corto descenso. De pronto, su pie se apoyó mal en uno de los peldaños y rodó por tierra.

Kent lanzó un gruñido. Sentado en el suelo, se frotó con fuerza la rodilla derecha, dolorida a consecuencia de la caída. Estaba vuelto de espaldas al féretro.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. En la mano derecha llevaba una navaja de resorte, cuya hoja se desplegó súbitamente, con seco chasquido.

La linterna seguía en el suelo. Se inclinó, la recogió y giró en redondo.

Entonces vio que la tapa del ataúd aparecía levantada y que su dueño estaba sentado, mirándole con una sonrisa infernal en sus lívidos labios.

—Hola, Jim Kent.

Sobrevino un instante de silencio.

—¿Vienes a matarme? Pero, si estoy muerto…

El corazón de Kent bataneaba locamente en su pecho. Su cerebro era un puro torbellino.

De súbito, con un ronco gemido de terror, se abalanzó sobre el hombre sentado en el ataúd y le clavó la navaja en el pecho.

El hombre no se movió.

Reía.

Kent clavó la navaja por segunda vez. No sucedió nada.

Con ojos dilatados por el terror, contempló la hoja de metal. No

había en ella la menor señal de sangre.

Y la risa del hombre sentado en el ataúd continuaba sonando en sus oídos…, ¡cómo la risa del diablo!

De pronto, se sintió acometido por un pánico espantoso. Giró sobre sus talones y escapó a la carrera. Cuando llegaba al último peldaño, tropezó y cayó.

Algo frío penetró en su pecho. Kent abrió la boca al comprender que él mismo se había clavado la navaja.

Con un espasmo de horror, se puso en pie y volvió a correr, Veinte metros más adelante, se desplomó al suelo. Lentamente, giró sobre sí mismo, pataleó un poco y luego se quedó muy quieto.

En la residencia de Ormeson había sonado un timbre. Wladimir Baxter dio la luz, se puso las zapatillas y una bata y buscó el teléfono.

* * *

Dickins saltó del coche y corrió por la cuesta arriba, hasta llegar al grupo en donde se movían algunas linternas. El sargento Wayne le salió a su encuentro.

—Era Jim Kent —informó—. Por lo visto, entró en el panteón y… No sé qué diablos le pasaría, pero tiene una navaja clavada en el pecho hasta la empuñadura.

Dickins se inclinó y alzó la sábana que cubría al cadáver, en donde todavía podía verse el arma que le había causado la muerte. La vista de la navaja no le extrañó tanto como la expresión de insuperable terror que se advertía en el rostro del difunto.

—La puerta del panteón está abierta, jefe —informó Wayne.

Dickins dejó caer la sábana. Era inútil recomendar el examen de las huellas dactilares de la navaja; los técnicos conocían bien sus obligaciones al respecto.

—Vamos allá —dijo.

Wayne llevaba en la mano un receptor portátil. Cuando llegaban al panteón, lo puso en funcionamiento.

—Vamos a entrar —advirtió al agente que se había quedado de guardia en casa de Ormeson.

—Está bien, sargento.

La alarma sonaría cuando ellos pasaran por delante de la célula fotoeléctrica. Una vez más, Dickins se preguntó quién había

averiado deliberadamente el aparato.

Pero no encontraba la respuesta.

Llegaron junto al túmulo. Vaciló.

De pronto, alzó la tapa.

—Increíble —murmuró.

—¿Qué, señor? —preguntó Wayne, prudentemente situado a unos pasos de distancia.

—Este hombre… Ha muerto hace más de seis semanas y parece que duerme… No hay en él la menor señal de descomposición…

Pues no era lo que se dice un santo —comentó Wayne mordazmente—. Yo he oído decir que los cuerpos de algunos santos se conservan incorruptos al cabo de los siglos, jefe. Pero, vamos, Ormeson…

De súbito, Wayne fue interrumpido por una exclamación del joven.

—¿Qué sucede, jefe? —exclamó.

—Mire, sargento. Hay señales de que el cadáver fue apuñalado.

—¿Qué? —resopló Wayne.

Estiró el cuello y divisó los menudos cortes en la ropa, producidos por la hoja de la navaja.

—¿Quería Kent asegurarse de que Ormeson estaba realmente muerto? —dijo, hondamente impresionado.

Dickins meneó la cabeza.

—Una cosa parece segura —declaró—. Si Ormeson no hubiera estado muerto, cualquiera de estas dos puñaladas habría sido suficiente para causarle la muerte.

* * *

—Allie, no irá a decirme usted que el muerto se levantó y apuñaló a Jim Kent —exclamó Faye a la mañana siguiente, sentada frente a la mesa tras la cual se hallaba Dickins.

Los ojos del joven jefe de policía fueron hacia las bonitas piernas de su visitante. La falda era un tanto corta y ella las había cruzado, lo cual aumentaba considerablemente el campo de visión.

—Vamos, deje de refocilarse —protestó ella—. ¿Es que no ha visto nunca las piernas de una chica?

—Tan bien torneadas, no —respondió Dickins con desparpajo—. De todos modos, tienen lo que deben tener, considerando el resto

del cuerpo y no digamos su linda cara.

—¿He venido aquí para oír burlas o para tomar notas con destino a mi revista? Si no habla más en serio, no le diré que se han tenido noticias de otros seiscientos mil dólares.

—Un millón setecientos mil en total —dijo él.

—Sí, Allie.

—¿Dónde?

—En el Mining & Colorado Bank, de Denver, Colorado.

—Seiscientos mil.

—En buenos billetes de Banco, Allie. Y recogidos en persona por el difunto Ormeson.

—Oiga, Faye, ¿quién le da a usted esos informes?

Ella sonrió.

—Le confesaré la verdad: tengo una hermana.

—¿Gemela?

—No, aunque podemos intercambiar la ropa perfectamente. Tiene un año más que yo y se llama Elizabeth, Lizzy para la familia y amigos.

—Será tan guapa como usted.

—Sí, pero ya tiene quien le ha echado el ojo. En cuanto terminemos este asunto, se casará.

—Felicidades. Trabajan juntas, ¿eh?

—Acordamos repartirnos la tarea. Las dos somos redactaras del Sun & Moon y enviamos noticias y reportajes de interés. Cuando este asunto se haya resuelto, escribiremos un libro. El caso nos llamó la atención, compréndalo.

—Sí, se comprende. Bien, Faye, tome nota. Jim Kent fue a buscar algo al panteón de Ormeson, presumiblemente los tres millones. Por si Ormeson no había muerto, le pegó dos puñaladas. Luego, algo le aterró…

—¿Qué, Allie?

Dickins se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Pero es evidente que salió corriendo del panteón, olvidándose, incluso, de cerrar la puerta, y hasta de que llevaba la navaja en la mano. En su, presumiblemente, loca

carrera, cayó y se clavó el arma hasta la empuñadura. En el mango de la navaja se han encontrado señales de tierra que abonan esta hipótesis.

—¿Qué le asustó, Allie?

—Supóngase que va usted al panteón, persuadida de que Ormeson no está muerto y de que es necesario matarlo. ¿Qué pensaría al ver que, efectivamente, está muerto?

—No lo sé, aunque la pregunta no es correcta —dijo Paye.

—¿Por qué?

—¿Cuál era el interés de Kent en cerciorarse de la muerte de Ormeson?

—Tres millones, Paye.

Ella meneó la cabeza.

—A mi entender, eso no es suficiente —dijo—. Sí, el dinero juega un papel muy importante en este asunto, pero, honradamente, creo que no lo es todo.

Dickins se encogió de hombros.

—En la cara de Kent había una expresión de horror insuperable —dijo—. ¿Qué vio antes de morir?

—Tal vez el rostro del demonio…, si es que tiene rostro —murmuró la joven.

—Lo único que puedo asegurarle es que, a partir de hoy, vamos a montar una vigilancia discreta en el cementerio. La alarma no es suficiente. Tal vez, con un par de vigilantes, hubiéramos podido evitar la muerte de Kent.

—Y así habría conseguido informes…

—Tendría los informes que no han salido a la luz, informes sobre cosas que sólo conocen los interesados.

—¿Quiénes son?

—Lowall, uno de ellos. Laura Willets. Y Gale Hoskeens.

—Dos mujeres y un hombre.

—Sí.

Faye entornó los ojos.

—Oiga, esto parece una venganza de ultratumba —dijo.

—¿Cómo?

—Verá, Rawson murió de un tiro. Chitty Courts pereció horriblemente, en su mal calculada fuga; simplemente, con haber saltado un metro a su derecha… Antes, Dull Pine había muerto

abrasado en su automóvil. Bentlane pereció, carbonizado por un rayo. Y anoche, Jim Kent…, muerto por su propia navaja. Allie, si yo fuese una de esas tres personas, estaría temblando de pies a cabeza.

—Las vigilamos, Faye —dijo Dickins—. Especialmente, a Lowall, quien, pese a todo, fue el que mató a Rawson.

—¿Por qué lo mató, Allie?

—Encontramos algunos rastros de sangre en el panteón. Es evidente que esa sangre se limpió, aunque incompletamente, a causa de las prisas, con toda seguridad. Lo cierto es que las muestras de sangre halladas en el panteón se corresponden exactamente con las tomadas del cadáver de Rawson.

—Bien, pero ¿por qué lo mataron?

—Rawson buscaba algo y fue sorprendido. Lowall hizo fuego y después llamó a los otros para que le ayudasen a llevar el cuerpo al lago.

—Eso es una hipótesis suya, Allie.

—Con todos los visos de ser cierta, Faye.

Ella sonrió, cerró la libreta y se puso en pie.

—Le permito que me invite a cenar esta noche —dijo.

—Si mis obligaciones no me lo impiden, claro.

De pronto, se abrió la puerta. Una funcionaria entró con un sobre en la mano.

—Para usted, jefe; acaba de llegar en el correo.

Antes de tocar siquiera el sobre, Dickins conocía ya la identidad del misterioso remitente de la carta.

También sabía que había sido escrita con sangre. La carta contenía un mensaje curiosísimo:

«Ewington era un tramposo».

CAPÍTULO IX

—Estamos vigilados —dijo Laura, paseándose nerviosamente por la estancia.

Gale se hallaba junto al ventanal, tras las cortinas.

—¿Es aquel tipo del periódico? —preguntó.

—Sí —confirmó Lowall—. Ha venido siguiéndome todo el rato.

Destapó un frasco de cristal tallado y se sirvió una buena dosis de escocés. Luego alzó el vaso.

—A la salud de un traidor —dijo.

—¿Te refieres a Jim? —preguntó Laura.

Lowall asintió.

—No hablaba de otra persona —contestó, después de beber un buen trago.

—Es increíble… Jim quiso traicionarnos…

—Deja de lloriquear, Gale —exclamó Laura—. Con gemidos no arreglaremos nada.

—Yo no veo que hayamos conseguido algo hasta ahora… Muchos han muerto… Ormeson se venga de nosotros…

—Casualidades —resopló Lowall despectivamente—. Sucesos que se han producido porque no tomamos las debidas precauciones.

Laura le miró con interés.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Lowall movió la cabeza en dirección a la ventana.

—Lo primero que vamos a hacer es dejar pasar algún tiempo —contestó—. Es preciso que la cosa se «enfríe». Mientras nos vigilen…

—Te vigilan a ti —rectificó Gale.

—Lo mismo da. Yo no os traicionaré, podéis estar seguras de ello, pero si me vigilan a mí, es como si os vigilasen a vosotras dos. Por tanto, es preciso aguardar y hacer una vida enteramente

normal.

—A mí se me acaba ya el dinero —manifestó Laura.

—Yo tengo algo en el Banco. Te daré un par de miles. ¿Cuánto puedes tirar?

Laura hizo una mueca.

—Tendré que hacer vida monacal —contestó.

—Conviene que te prives de algunos lujos. Será cosa de cinco o seis semanas. Luego podrás disponer de un millón para derrocharlo en la forma que se te antoje. Y tú también, Gale.

La aludida suspiró.

—Ya tengo ganas de poner mano en ese montón de billetes. ¡Estoy muerta de aburrimiento!

Lowall y Laura cambiaron una mirada cómplice. Gale era una mujer ya madura, a la que le gustaban los hombres más jóvenes que ella. Pero esto era algo que no podía conseguir sin dinero.

De pronto, sonó el teléfono.

Hubo un sobresalto general. Luego, Laura, reaccionando, se acercó a la mesita.

Lowall puso una mano sobre el aparato y señaló el amplificador contiguo. Ella hizo un gesto de comprensión.

Levantó el teléfono.

—Habla Laura Willets —dijo.

—Los otros están ahí contigo. ¿Cuándo venís a hacerme una visita? La vida en el panteón es horriblemente tediosa.

Se oyó un «click». Gale casi se desmayó.

Laura dejó el teléfono. Su rostro aparecía lívido.

—E… era Ormeson…

Lowall lanzó un juramento.

—No seas tonta —barbotó—. Se trata de un bromista…, suponiendo que no sea la misma policía, a fin de obligamos a dar un paso en falso.

—No es ninguna broma ni soy policía.

Esta vez, Laura lanzó un chillido y dio un salto hacia atrás.

Lowall, por su parte, sintió que la frente se le inundaba de un copioso sudor.

El teléfono estaba colgado y, sin embargo, la voz de Ormeson se había percibido con toda claridad.

Ya no había más dudas al respecto: era la voz de un hombre

muerto semanas antes.

—Tendremos que pensar en algo —dijo al fin, cuando se hubo rehecho, cambiando su miedo en furia—. Y si de veras no está muerto, juro que yo mismo lo enviaré al infierno.

* * *

Lafe Ewington miró aprensivamente al hombre alto y fornido que estaba en el umbral de la puerta de su casa.

—Oiga, jefe, yo…

Dickins, impasible, meneó la cabeza.

—Vamos, Lafe, vístase y acompáñeme —ordenó.

—Ese sitio me pone enfermo —se quejó Ewington.

—A nadie le gusta demasiado, pero hay que ir.

Ewington suspiró y se metió de nuevo en la casa, aunque sin cerrar del todo. Dickins pudo ver a una mujer de unos cuarenta años, rubia, de curvas abundantes, tendida en un diván, con una revista en la mano y una caja de bombones en la mesita contigua.

—¿Adónde te vas, Lafe? —preguntó la rubia súbitamente, con voz chillona.

—Al cementerio, nena.

—Al… ¡Pero estás vivo, cariño!

—No he dicho que me vaya a quedar allí para siempre —rezongó Ewington, quien ya salía del dormitorio, poniéndose la chaqueta.

Dickins miró a la rubia y adivinó lo que bullía tras aquella masa de pelo rubio, mezclado con rulos. «Pues si te quedases allí para siempre, no iba a lamentarlo demasiado», calculó que debía de pensar la mujer.

Ewington cerró la puerta.

—¿Su esposa? —dijo Dickins.

Una mueca irónica apareció en la boca del consultado.

Pero no contestó y Dickins no juzgó prudente insistir.

Dickins tenía el coche en la puerta. Ewington viajó a su lado hasta el cementerio.

Había un policía en las inmediaciones. Dickins le hizo llamar por radio a jefatura, a fin de que avisaran al mayordomo de Ormeson.

Luego, acompañado del individuo, se acercó al panteón.

—Lafe, me han dicho que es usted un tramposo —habló

repentinamente, sin previo aviso.

Ewington respingó.

—¿Yo? ¿Por qué? —se sorprendió.

—Eso es lo que vamos a ver ahora. —Dickins hizo girar la llave en la cerradura—. Pero tengo la sospecha de que el que me lo dijo no mentía.

—Mire, jefe, ya le dije la otra noche que yo sólo quería…

—Me parece que no me explicó bien todo lo referente a sus sistemas de alarma. ¿Por qué no empieza ahora?

Ewington farfulló algo. Se acercó a la supuesta losa y la quitó, dejando a la vista el aparato de alarma.

—Está bien, le diré la verdad —exclamó de pronto—. El cable de la batería no estaba cortado.

—Vaya —sonrió Dickins.

—Sólo necesitaba un trozo de menos de treinta centímetros. Llovía. Tenía que salir a la calle para concluir el maldito artefacto y me dio pereza. Entonces, puse un trozo que me había sobrado hacía tiempo…, pero se conoce que no estaba en buenas condiciones.

—Oh —dijo el joven.

—Ya sabe, el aislante, a veces, oculta un corte en el hilo conductor…

—Lafe, no dudo de lo que me dice es verdad, pero sólo «parte» de la verdad. ¿Por qué no la dice completa?

Ewington desvió la vista a un lado.

—Verá, siempre me pareció una tontería gastar dinero en… en algo tan inútil como una tumba…, o un panteón, tanto da… Yo…, bien, cuando Ormeson la «diñó» no había terminado todavía el encargo que me había hecho…

—Pero ya lo había cobrado.

—Hombre, debo admitir que no fue tacaño. Se portó bien, pero… ¿quién diablos le dijo que yo era un tramposo?

Dickins sonrió.

—Continúe, Lafe —pidió.

El agente de vigilancia en el exterior se asomó de pronto.

—Señor, comunican de jefatura que el teléfono de la casa de Ormeson no responde —informó.

—Diga al sargento Wayne que envíe un coche patrulla a investigar y que llamen inmediatamente que sepan algo.

—Sí, señor.
—Ah, estoy aguardando al doctor Landis. Tráigale aquí en cuanto llegue, por favor.
—Sí, jefe.
Dickins y Ewington quedaron a solas nuevamente.
—¿Y bien, Lafe?
Ewington suspiró.
—Cobré todo, pero sólo instalé la mitad… O, mejor dicho, una tercera parte —declaró.
—A ver, explíquese.
Ewington se acercó a la pared de la derecha, colocándose ante una piedra situada justo frente a la mitad del túmulo. Hizo la misma operación y dejó un hueco al descubierto.
—Aquí debía colocarlo, pero cuando me enteré de que había muerto, pensé que sería un derroche inútil de material…
—Y se embolsó el dinero. ¿Qué es lo que debía haber ahí, Lafe?
—Un transmisor de radio que, funcionando en una frecuencia determinada, emitiría una señal que haría funcionar una puerta secreta.
Dickins arqueó las cejas.
—Ah, una puerta secreta —repitió.
—Sí, jefe.
—¿Dónde está esa puerta, Lafe?
Ewington se encogió de hombros.
—No lo sé —respondió.
—¿Cómo? —se asombró Dickins.
—Verá, el señor Ormeson me pidió que le entregase el mecanismo de apertura de la puerta y tuve que enseñarle su funcionamiento. Él no me dijo nunca dónde lo instalaría: lo único que yo debía hacer era instalar el transmisor de la señal de apertura.
—Entiendo. Y, ¿dónde está ese aparatito, Lafe?
Ewington volvió a suspirar.
—En mi taller, pero le faltan piezas… Las aproveché para otros encargos… Los tiempos no son buenos, jefe —dijo hipócritamente.
—Lafe, ahora mismo va a volver usted a su taller y empezará a montar el artefacto ese —ordenó Dickins con voz firme—. Deje todos los encargos, dedíquese únicamente a concluir el que ya

cobró. Y en cuanto lo tenga listo y comprobado su perfecto funcionamiento, avíseme. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—La ciudad no está tan lejos. Un poco de ejercicio le sentará bien. ¡Largo!

Ewington huyó sin necesidad de más palabras. Dickins sacó un cigarrillo, lo encendió y contempló el panteón con ojos críticos.

Empezaba a sospechar dónde estaba escondido el dinero. Pero lo de menos era recuperar una suma que no le pertenecía. Había cosas más importantes.

El policía de guardia se asomó nuevamente.

—Jefe, informan que el mayordomo Baxter había salido a hacer unas compras y que está nuevamente en casa. Si lo desea, puede hablar con él…

—No, gracias; solamente quería advertirle que iba a sonar la alarma —sonrió el joven—. ¿Dónde está el doctor Landis?

—Me parece que ahí viene, señor.

Un hombre, provisto de un maletín negro, llegaba en aquel momento. Entró en el panteón y miró al joven con aire especulativo.

—Dickins, supongo que sabrá lo que se hace —dijo el médico forense.

—Descuide, doctor. Venga por aquí, se lo ruego.

Dickins se acercó al túmulo y levantó la tapa del ataúd. El doctor Landis parpadeó al ver el cadáver.

—Es increíble —murmuró.

—¿Por qué no habla más claro, doctor? —pidió Dickins.

—Este hombre… Diríase que ha muerto hace unas horas…

—¿No fue eso lo mismo que dijo cuando encontramos el cadáver de Jim Kent?

Landis asintió.

—Sí —admitió.

—Doctor, ¿puede tratarse de un caso de catalepsia?

Landis emitió una burlona carcajada.

—¿Catalepsia? Vamos, jefe, no me tome el pelo. Eso se puede admitir en los primeros días del fallecimiento aparente. Pero hace ya más de siete semanas que murió Ormeson y tiene un aspecto magnífico, dejando de lado el hecho de que se trate de un cadáver.

¿Quién lo ha alimentado, por sonda o por vía intravenosa? ¿Quién ha recogido los desechos orgánicos y limpiado el cuerpo? No hay el menor olor a putrefacción ni a porquería…

—Quizá lo embalsamaron —apuntó Dickins.

—Por lo que yo he oído decir, no; y si hicieron algo en la funeraria, fue muy poca cosa, lo corriente para que el cuerpo aguante hasta el momento del entierro. Pero este cadáver tendría que estar ya podrido. Y, aunque parezca un contrasentido, está sano como una manzana.

Dickins ocultó una sonrisa.

—Tengo informes de que no fue asistido por su médico de cabecera, en el momento de su fallecimiento —dijo.

—Sí, y yo sé quizá más que usted, porque el que certificó su defunción está muerto. Hablo del doctor Rawson, jefe.

—Entiendo —murmuró el joven—. Bien, aquí tenemos un cadáver que más parece el cuerpo de una persona que duerme… Doctor, ¿recuerda usted lo sucedido hace algunas noches?

—Sí, desde luego.

Dickins desabrochó las ropas del cadáver y dejó el pecho al descubierto. Las finas líneas que señalaban las dos puñaladas asestadas por Kent, quedaron inmediatamente al descubierto.

—Suponiendo que hubiera estado vivo, esas heridas habrían sido mortales, ¿no?

—En apariencia, así es.

—Sondee las heridas, por favor.

Landis abrió su maletín y sacó algunos instrumentos, con los que trabajó durante unos minutos. Luego se volvió hacia el joven.

—La herida situada casi en el centro profundiza doce centímetros y medio y llega al ventrículo izquierdo del corazón —informó—. La otra herida penetra seis centímetros en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo. Naturalmente, en una y otra han sido atravesados los tejidos epidérmicos, musculares, pleura, pericardio…

—Entiendo, doctor. ¿Hay rastro de sangre en el interior de esas heridas?

Landis levantó una de las agujas planas que le había servido para hacer el sondeo.

—Mírelo usted mismo, jefe —respondió.

—De todos modos, haga un examen microscópico. —Dickins bajó la tapa del ataúd—. Es probable que solicite una autorización del juez para un examen más detenido del cadáver.

—¿Una autopsia?

—Sí. Vámonos.

El médico cerró su maletín. Al llegar a la puerta, Dickins se volvió y dirigió una mirada al féretro.

—Ese hombre está ahí muerto y, sin embargo, alguien le ha visto y ha hablado con él —murmuró.

—¿Quién es, jefe? —preguntó Landis.

—Un tal Billy Parks.

El forense hizo un gesto de indiferencia. Luego, con paso rápido, se encaminó hacia el coche que tenía al pie de la loma.

Dickins movió la mano.

—Charles —se dirigió al agente que montaba guardia en el cementerio—, la vigilancia aquí ya ha cesado. Puede venir conmigo a la ciudad.

—Bien, señor.

* * *

—Tengo noticias de otros doscientos mil dólares —dijo.

—Con lo cual ya andamos por los…

—Un millón novecientos mil —puntualizó la chica.

—Ya sólo faltan un millón cien mil. Con tres o cuatro Bancos más, tendremos la suma total.

—Así parece, Allie. Oiga, se me ha ocurrido una hipótesis. ¿Por qué no la comprueba usted en el Ormeson Bank?

—Todavía no sé en qué consiste esa hipótesis —sonrió el joven.

—Es bien sencillo: Ormeson hizo, desde aquí, diversas transferencias de dinero a distintos Bancos. Aparentemente, sería para negocios, pero, en realidad, para tener luego el dinero en billetes, sin necesidad de explicaciones.

—¿Y por qué no pudo hacer aquí los reintegros en etapas sucesivas?

—Jefe, es usted un poco ingenuo en algunas cosas —rió Faye—. Ormeson era, ciertamente, el principal pero no el único accionista del Banco. El director habría tenido que dar ciertas explicaciones a algunos accionistas curiosos que Ormeson se ahorraba de este

modo.

—Pudiera ser —convino Dickins—. De todas formas, hay algo más importante que saber qué se hizo con el dinero.

—¿Sí? ¿Qué es, Allie?

—¿Qué se iba a hacer con el dinero?

Ella movió la cabeza lentamente.

—Eso sí es cierto —admitió—. ¿Para qué reunir tanto dinero?

—Faye, creo sinceramente que, cuando lo sepamos, habremos aclarado el enigma —dijo él—. Y, por otra parte, estoy pensando en otra cosa.

—Dígame de qué se trata —rogó la muchacha con ansiedad.

—Tengo que pensármelo bien. Se trata de un chiquillo y… Bueno, el cadáver de Ormeson está asombrosamente bien conservado. Quizá convendría que Billy Parks lo viese, para que dijera si es o no el mismo caballero que le entregó la carta para mí, junto con un billete de Banco, cuyo origen conocemos.

—Tendrá que hablar con los padres, Allie.

—Sí, pero antes, insisto, he de meditarlo muy seriamente. Y ahora, por favor, ¿por qué no nos concentramos en esta sopa de tortuga tan apetitosa?

Faye se echó a reír. Estaban en un céntrico restaurante y el menú encargado por Dickins era muy apetitoso.

Al terminar la sopa, él hizo una pregunta:

—Faye, ¿cómo va su lucha con la báscula?

Ella sonrió maliciosamente.

—La báscula pierde siempre. Coma lo que coma, no consigue nunca marcar cifras superiores a los cincuenta y cuatro kilos.

—¡Estupendos!

—Eh, hable en singular —exclamó Faye.

—Nada de eso. Yo quería decir «estupendos cincuenta y cuatro kilos» —contestó Dickins con todo desparpajo.

CAPÍTULO X

Lafe Ewington lanzó un suspiro de satisfacción al dar el último golpe de destornillador. Entonces fue cuando se dio cuenta de que había alguien en el taller.

—Eh, oiga, ¿qué hace usted aquí? —exclamó—. Ya no atiendo al público, ¿comprende?

El hombre lanzó una mirada a la caja que estaba sobre la mesa de trabajo.

—¿Está listo? —preguntó.

—Sí, pero eso no le importa…

—Lafe, yo le pagué a usted. ¿Por qué no terminó el trabajo?

Ewington se puso pálido.

—Dios mío —murmuró.

—No me gustan los tramposos —dijo el hombre.

Sacó una pistola y apretó el gatillo.

Ewington lanzó un pequeño grito, se puso las manos en el pecho, dio un par de pasos vacilantes y acabó por caer al suelo. La pistola no había hecho ruido; tenía silenciador.

Al cabo de unos minutos, Ewington abrió los ojos.

Sentía un dolor sordo en el pecho. Iba a morir, lo sabía.

Pero también conocía el nombre de su asesino. Hizo un esfuerzo, se incorporó en parte y tiró de un cuaderno de apuntes que había sobre la mesa.

El cuaderno cayó al suelo. Ewington mojó el índice en su propia sangre; un oscuro instinto Le decía que no tendría tiempo de buscar un lápiz.

Torpemente, escribió una palabra de siete letras. Luego se sumió en la noche definitiva.

* * *

Los padres de Billy Parks se sentían muy nerviosos.

—El chico pillará una «*traumpa*»… —dijo la señora Parks.

—Es trauma, Hazel —corrigió su esposo.

—¡Yo no tengo miedo, mamá! ¡Me gusta ver cadáveres! —exclamó Billy.

—Hijo —se lamentó la señora Parks.

—Chico valiente —dijo el señor Parks.

«Chico morboso. Y sádico», pensó Dickins, mientras alzaba la tapa del ataúd.

Un fornido policía izó a Billy por la cintura. El muchacho silbó irrespetuosamente.

—¡Qué cara! —dijo.

—Billy, ¿lo reconoces? —preguntó Dickins, conteniendo las ganas que sentía de atizar un buen bofetón al muchacho. Ya no le resultaba tan simpático como el día en que lo había conocido.

—Sí, señor: es el que me dio la carta para usted y cinco dólares de propina. Para mí, claro.

Dickins hizo una seña y el agente depositó a Billy en el suelo.

—Eso es todo, señor Parks —dijo—. Muchas gracias por su cooperación.

La señora Parks estaba nerviosísima.

—Vámonos, vámonos, o el pobre Billy acabará «trampatizado»…

—Traumatizado —gruñó el señor Parks, irritado por las incorrecciones verbales de su esposa.

Desde la puerta del panteón, Billy se volvió.

—¡Cuándo tenga más «fiambres» para ver, avíseme, jefe! —gritó—. ¡Lo que voy a disfrutar, contándoselo a mis compañeros en el «cole»!

—Hijo de mi alma —murmuró Dickins, enseñando los dientes. A su lado, Faye apenas si podía contener la risa.

Salieron fuera. Wayne llegaba en aquel momento.

—Malas noticias, jefe —informó.

El sargento tenía una cara imponentemente seria.

—Estoy acorazado —sonrió Dickins—. ¿Qué pasa?

—Ewington, señor. Le han pegado un tiro.

A pesar de lo que había dicho, Dickins no pudo por menos de respingar.

—¿Muerto?

—Sí, señor, aunque no murió en el acto. Sin duda, en estado agónico, escribió un nombre con su propia sangre.

—El nombre del asesino —adivinó Faye.

—Justamente, señorita —corroboró Wayne.

—Bien, sargento, suéltelo de una vez. ¿Cuál es ese nombre?

Wayne inspiró con fuerza.

—Ya sé que va a decir usted que es imposible, que se trata de una fantasía…, pero el caso es que Ewington escribió el nombre poco antes de su muerte. Y un hombre que va a morir, no miente. ¿Verdad, señor?

—Sargento, gracias a Dios, todavía no me he encontrado con ese trance. Y mientras esperamos a que llegue, ojalá sea dentro de muchos años, ¿querrá decirme ese nombre, de una maldita vez?

—Ormeson, jefe.

* * *

La fotografía era en color y las letras escritas con un índice ensangrentado se leían claramente.

—No es posible —murmuró Faye, que miraba por encima del hombro de Dickins.

—La señora Ewington encontró el cadáver de su esposo cuando, alarmada por el hecho de que no hubiera regresado a casa en toda la noche, fue a buscarlo a su taller —explicó Dickins—. ¡Qué casualidad, ayer hice retirar la vigilancia en el cementerio!

—¡Allie! —Se aterró la muchacha—. No irá a creer que Ormeson salió de su tumba para matar a Ewington, sólo porque le había hecho unas pequeñas trampas con los aparatos encargados.

—Entonces, ¿cómo se explica que Ewington escribiera ese nombre? No lo habría hecho, de no estar seguro de la identidad de su asesino, ¿verdad?

—También Billy está seguro de que el que le dio la carta y los cinco dólares es el mismo que hay en el panteón. Pero ¿sabemos nosotros si es Ormeson?

—Las huellas dactilares tomadas al cadáver así lo prueban, Faye.

—Entonces, no hay más que una respuesta a este enigma.

—Alguien se hace pasar por Ormeson.

—Exactamente.

—Tendremos que encontrarlo —dijo él. De pronto, pensó en

Lowall. Pero estaba vigilado y no tenía informes de que hubiera salido durante la noche, ni mucho menos de que se hubiera acercado al taller de Ewington. Corporalmente, era parecido al difunto Ormeson, pero la vigilancia de que Lowall había sido objeto continuamente, lo descartaba por completo.

—Y también hemos de encontrar otra cosa —añadió.

—¿Qué es, Allie?

—El otro aparato que Ormeson encargó a Ewington y que éste, para no gastar más dinero, dejó de construir. Era un transmisor que debía emitir una señal, presumiblemente para abrir una puerta.

—Y detrás de la puerta está el dinero.

—Eso creo. ¿Hay más noticias de otros Bancos, Faye?

—Por ahora, no. A la tarde espero una llamada de Lizzy — contestó la muchacha.

—Avíseme en cuanto sepa algo.

—Descuide.

Faye se marchó, a fin de escribir la crónica que iba a enviar a su semanario. Dickins quedó solo en el despacho.

El doctor Landis llamó momentos más tarde.

—Jefe, la sangre del cuerpo de Ormeson se coaguló después de su fallecimiento —informó—. Y eso ocurrió hace ya casi dos meses.

—Gracias, doctor.

Un cuerpo que parecía el de un durmiente. Dos puñaladas sin sangre…

¿Cuál era el misterio?

¿Estaban en presencia de fuerzas sobrenaturales, cuya acción no llegaban a comprender?

Era algo que le repugnaba admitir. Sin embargo, presentía que, en parte de lo ocurrido, había hechos que nunca tendrían una explicación lógica y racional.

* * *

Cuando Faye recibió la información, creyó soñar.

—¿Estás segura, Lizzy? —preguntó.

—Absolutamente, querida.

—Es… desconcertante, aunque también explica muchas cosas. Lizzy, créeme, vamos a escribir un libro que romperá todas las marcas de ventas.

—A juzgar por lo que me cuentas, no me extrañará en absoluto. Bien, ya tienes la información. ¿Qué harás ahora?

—Iré a ver al jefe de policía y le contaré lo que me has dicho. Se sentirá estupefacto, pero también encantado.

—Me lo imagino. Oye, ¿qué es el policía?

—¡Guapísimo! —contestó Faye sin vacilar.

Lizzy Lytton se echó a reír.

—¡Suerte, hermanita! —le deseó.

Faye colgó el teléfono y se dirigió al baño, en donde se duchó rápidamente. Después de secarse, se arregló y vistió de modo conveniente. Luego dejó el hotel.

Minutos más tarde estaba con Dickins, en el restaurante donde solían cenar la mayoría de los días.

—Atención, Allie —dijo la muchacha—. Lamento no tener a mano una trompeta, porque la noticia merece ser anunciada con el debido estrépito.

Dickins sonrió.

—Interesante, ¿eh?

—Figúrese. Hace tres meses, Ormeson estuvo en una importante clínica de Denver. Ajustó todo para una operación de cirugía estética y…

—¿Y…?

—Falleció antes de volver a Denver.

Dickins se acarició el mentón.

—¿Qué conclusiones podemos sacar del hecho? —murmuró.

—Muy simples: Ormeson quería cambiarse la cara.

—Pero no le dieron tiempo.

—Lo asesinaron.

—No está probado. Hubo un médico que certificó su muerte como paro cardíaco.

—Usted sabe quién fue ese médico, Allie.

—Rawson, ahora muerto y, por tanto, impedido de declarar la verdad sobre las auténticas causas de la muerte de Ormeson.

—De todos modos, creo que a usted, en estos momentos, le importa más encontrar el transmisor que permitirá abrir la puerta del dinero.

—Es cierto. —Dickins frunció el ceño—. Faye, ¿le ha dicho su hermana la fecha en que Ormeson fue a Denver?

—Sí, el diecinueve de agosto.

—Estamos a veintidós de octubre… —Bruscamente, Dickins se puso en pie—. Voy a comprobar una cosa —exclamó.

—Pero, Allie, tenemos que cenar —protestó ella.

—Espíritu prosaico —dijo el joven, burlón.

La camarera se acercaba en aquel momento con la carta en las manos. Faye suspiró.

—Déjelo para otro rato, muchacha: el jefe tiene trabajo.

Y, levantándose, echó a correr tras Dickins, alcanzándolo cuando ya se metía en el coche.

—No sé adónde va usted, pero yo le acompaño —dijo, resuelta.

—No tardará mucho en saberlo —manifestó él.

Veinte minutos más tarde, el coche se detenía ante un conjunto de edificios, de los cuales había un par de ellos iluminados. Dickins se apeó y caminó hasta una puerta, en la que había un determinado rótulo.

Llamó. Un hombre dio permiso. Al ver a Dickins, se puso en pie.

—Hola, jefe —saludó, cortés—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, Jack —contestó Dickins—. Tengo interés en conocer unos datos sobre los vuelos del avión privado de Ormeson.

El jefe del aeropuerto asintió.

—Su piloto tuvo que buscarse otro empleo, cuando él murió, pero el registro queda. ¿Qué fecha desea?

—Alrededor del diecinueve de agosto. Probablemente, unos días antes. Se trata de un vuelo a Denver, Jack.

—Está bien.

Momentos después, Jack Potter abría un libro. Repasó unas páginas con el índice y, al cabo, se detuvo en un punto.

—Aquí lo tengo. Vuelo a Denver el día dieciséis de agosto. El piloto y un pasajero.

—Jack, el nombre del pasajero, por favor.

Faye contenía el aliento. Cuando oyó el nombre, se sintió estupefacta en primer lugar.

Después, empezó a pensar que era lógico.

Dickins guardaba silencio. Ella le miró inquisitivamente.

—¿Va a ir a buscarle? —preguntó.

La respuesta de Dickins se hizo esperar todavía algunos segundos.

—También me gustaría hablar con Lowall —dijo.

—¿Por qué Lowall precisamente?

—Era el hombre de confianza, dentro de lo que cabe, de Ormeson —respondió Dickins.

CAPÍTULO XI

—Yo no quiero ir al cementerio —protestó Gale Hoskeens.

Lowall no hizo caso de aquella declaración.

—¿Y tú, Laura? —consultó.

Laura Willets asintió.

—La última vez —dijo—. Si ahora no encontramos la «pasta», emigraré de esta maldita población.

—No sé adónde irás, sin dinero… —exclamó Gale despectivamente.

Laura se volvió, picada.

—Tengo doce años menos que tú —contestó con acritud—. Eso significa que todavía puedo encontrar dinero. Todo el que quiera.

Sonrió y se acercó a la mesita de los licores con gran movimiento de caderas.

—Tendré dinero y no haré como otras que deben darlo para…

—¡Basta! —Cortó Lowall—. Dejémonos de discusiones que pueden ser perjudiciales. Ya he dicho que estamos todos en el mismo bote. Esta noche iremos al panteón.

—Ella puede negarse —dijo Laura con el vaso en la mano.

—No se negará.

Gale entendió la amenaza que latía en aquellas palabras.

—Iré —dijo, resignada.

—Brigh, hay algo que debiéramos aclarar ahora. O, por lo menos, intentarlo —terció Laura.

—¿El reparto? Un millón para cada uno, claro. Ya tengo preparados los paquetes… —dijo Lowall.

—No es eso. Es que no estamos seguros de que el dinero pueda hallarse en el panteón.

Lowall apuró el contenido de su vaso.

—Conocía bien a Ormeson —declaró—. Tenía un sentido del

humor bastante macabro. El dinero está en el panteón.

—¿Debajo del ataúd?

—¡Pero el túmulo es de granito, macizo…! —exclamó Gale.

—Ya no hay vigilancia en el cementerio. Tengo un buen pico. Sólo son losas, que forman un… ¿Entendéis de geometría? —preguntó Lowall, burlón—. Porque, si no, la palabra paralelepípedo os va a resultar demasiado complicada.

—Déjate de sandeces —refunfuñó Gale—. Lo que quieres decir es que el túmulo es sólo un conjunto de losas que imitan bloques.

—Sí, justamente.

—Y un pico servirá —dijo Laura pensativamente.

—Pero hará ruido —añadió la otra.

—Está previsto. Nadie oirá nada desde el exterior.

Laura observó que Lowall parecía muy seguro.

—¿Cómo lo impedirás? —quiso saber.

—Mantas, simplemente, mantas cubriendo la entrada. Ni se verá luz ni se oirá el ruido o, al menos, lo atenuará considerablemente.

—Es una buena idea —aceptó Gale—. ¿Cuándo, Brigh?

Lowall miró hacia la ventana.

—Casi es la hora —respondió.

* * *

—Tú no puedes entrar —dijo Dickins, tuteando repentinamente a la muchacha.

—Pero, Allie…

—Es inútil que protestes. ¿O prefieres que te deje esposada al volante?

La muchacha se resignó.

—Esperaré aquí —dijo—. Pero habría resultado tan interesante…

Dickins no hizo caso y saltó del coche.

—Sígame, sargento —ordenó.

—Sí, jefe —contestó Wayne.

Los dos hombres caminaron hacia la casa. Dickins llegó ante la puerta y llamó.

Esperaron unos minutos. Baxter, el mayordomo, apareció a poco, envuelto en una bata.

—Señor —exclamó.

—Deseo hablar con usted, Baxter —manifestó Dickins—. Ah, le presento al sargento Wayne…

—Sargento —murmuró el mayordomo, a la vez que se echaba a un lado—. Estoy a su disposición, señor Dickins.

—Gracias. Si le parece, iremos al despacho, Baxter.

—Como guste el señor.

Los tres hombres atravesaron el vasto salón y entraron en el despacho.

—¿Puedo ofrecerles de beber? —sugirió el mayordomo.

—Muchas gracias, no es necesario. —Dickins sacó una fotografía del bolsillo—. Vea, Baxter.

Hubo un momento de silencio. Luego, el mayordomo dijo:

—Esto parece…

—Lafe Ewington no murió en el acto. Cayó, después de recibir un disparo, perdió momentáneamente el conocimiento y luego lo recobró, quedándole la vida suficiente para escribir el nombre de Ormeson en su libreta de apuntes. Ese nombre fue escrito con sangre, Baxter.

—Horrible, señor —comentó el mayordomo.

—Sí, sobre todo, si se tiene en cuenta que fue usted el autor de ese disparo.

—¿Yo, señor? —se sorprendió Baxter.

—Sí. Ewington creía que usted era Ormeson.

—Por favor, jefe…

Dickins creyó ver una sonrisa burlona en los delgados labios del mayordomo. La corpulencia de Baxter y de Ormeson, pensó, eran muy similares. Las facciones no podían confundirse en modo alguno, pero, vistos de espaldas, podría haberse producido algún error de semejanza.

—Ormeson encargó a Ewington ciertos aparatos —siguió Dickins—. Ahora bien, no lo hizo en persona, sino que se lo encargó a usted. Y usted tomó el nombre de Ormeson. Por eso Ewington escribió el nombre cuando agonizaba, porque usted había actuado siempre como Ormeson, en todas las ocasiones en que fue a verle.

—El señor tiene una gran fantasía —dijo Baxter.

—No es fantasía. Ormeson quería cambiarse las facciones. Incluso encargó la operación en una clínica de Denver. Pero no fue él quien viajó a Denver, al menos para este asunto, sino usted. Su

nombre, Baxter, está registrado en el aeropuerto, cuando voló en el avión privado de Ormeson. Sin embargo, en la clínica se presentó bajo esta personalidad. Pero a usted no le gustaban los planes de su amo. ¿Quiere que le diga los motivos?

—Resultaría interesante, en efecto —convino el mayordomo.

—Usted temía que, una vez cambiada la fisonomía, Ormeson lo hiciera asesinar. O quizá lo hubiera matado en persona, tanto da. Ormeson tenía que morir y ser enterrado en el panteón. Pero a usted no le gustaba desempeñar el papel de cadáver. Prefirió que el muerto fuese el auténtico Ormeson. ¿Me equivoco, Baxter?

Los ojos del mayordomo fueron hacia Wayne, que asistía impasible al diálogo.

—Quizá no podamos probar que fue usted quien mató a Ormeson. En todo caso, sí probaremos que asesinó a Ewington. En alguna parte encontraremos el arma homicida —añadió Dickins.

Baxter continuaba silencioso. De pronto, se acercó a la mesita de los licores.

—Si al señor no le importa, voy a servirme un trago —manifestó.

—¡No toque esas botellas! —Prohibió Dickins.

Baxter sonrió.

—¿Teme el señor que me suicide, envenenándome? —dijo, burlón.

De pronto, Dickins reparó en la mesita. Era grande, de dos pisos. Había un bulto cubierto por un paño blanco, en el estante inferior.

—Baxter, ¿para qué reunía su amo tres millones de dólares? —preguntó.

—Quería marcharse. Algunos de sus negocios no marchaban bien. Dentro de un año, hubiera acabado en la quiebra.

—Y por eso ideó fingir su muerte para, más adelante, escapar del país con toda tranquilidad.

—Exactamente. El señor Ormeson no tenía secretos para mí.

—Una apreciación demasiado optimista, ¿no le parece?

Baxter rió suavemente.

—Cierto, porque el señor Ormeson no declaró nunca que yo ocuparía su puesto en el panteón. Una vez cambiadas mis facciones, yo habría muerto y él, con un simple bigote postizo, hubiera podido abandonar el país tranquilamente, con tres millones en el equipaje.

—Sin embargo, había alguien más que estaba enterado de esas maniobras, me refiero al dinero, claro.

—Oh, sí, aunque no lo supieron por boca del señor Ormeson. Pero es imposible que algunos dejaran de enterarse de las transferencias de dinero de Ormeson a otros Bancos y de los viajes que éste hacía después, para traer sacos repletos de billetes.

—Que fueron a parar al panteón, en donde hizo instalar ciertas alarmas, que le avisarían de posibles ladrones.

—Justamente, señor.

—Pero Ewington era un tramposo y no realizó bien su papel. Por eso usted no tuvo noticias de las primeras incursiones.

—En efecto —admitió Baxter.

—Además, Ormeson dejó el dinero suficiente para que el Banco le pagase a usted su sueldo durante un año y después una gratificación como despedida, de dos años más. ¿Acaso pensaba Ormeson continuar desempeñando el papel de Baxter durante ese tiempo?

—Por supuesto que no; sólo lo hacía para engañarme. De este modo, yo me confiaría… y permitiría que él me matase.

—No estaba mal pensado, Baxter. Dígame, ¿cómo mató usted a Ormeson?

—Veneno, señor —respondió el mayordomo cortésmente.

—Aprovechando, claro está, la ausencia del doctor Bahring.

—Sí, señor.

—¿Pudo convencer al doctor Rawson de que firmase un certificado falso?

Baxter sonreía de un modo peculiar.

—Rawson era un hombre que se dejaba comprar por un dólar, cuanto más por el señuelo de los tres millones guardados en el panteón —respondió.

Dickins meneó la cabeza.

—Baxter, lo siento, pero no tengo otro remedio que detenerle, acusado del asesinato de Ewington —dijo.

—El señor está en su perfecto derecho al comunicarme mi arresto —contestó Baxter, sin alterar su tono—. Pero yo también tengo derecho a poner por mi parte los medios para evitarlo.

Una pistola apareció de súbito en la mano del mayordomo, Dickins y Wayne, sorprendidos, no pudieron hacer nada para evitar

la acción.

—Lo siento, pero he de marcharme —añadió Baxter.

—Le perseguirán, le acorralarán…

—Lastimoso —suspiró el mayordomo—. Pero no tengo otro remedio.

Wayne se sobresaltó.

—¿Va a matamos? —exclamó.

—Eso me dará un margen de tiempo muy amplio, sargento.

—El suficiente, incluso, para llegar al panteón y arrear con el dinero —supuso Dickins.

—Como dicen en la televisión, correcto.

De súbito, estalló un sonoro timbrazo.

Baxter volvió la cabeza un momento.

—¡Malditos! —exclamó.

Y, olvidándose de los dos policías, se agachó un poco y puso la mano sobre el paño blanco.

En el mismo instante, Wayne se abalanzó sobre el asesino. Baxter disparó.

Wayne rodó por el suelo, quejándose sordamente. Baxter, con sonrisa demoníaca, apuntó al joven.

Apretó el gatillo, pero no salió el tiro. Furioso, disparó de nuevo, con idéntico resultado.

Dickins se abalanzó sobre él. Los dos hombres forcejearon por la posesión del arma. De pronto, se oyó un sordo chasquido.

Baxter lanzó un pequeño grito y se tambaleó. Una mancha rojiza apareció en su pecho.

Faye entró en aquel momento y gritó:

—¡Allie!

—Atiende a Wayne —indicó él.

El sargento se había sentado en el suelo.

—No es gran cosa —jadeó, apretándose el hombro herido con la mano derecha—. Ese hombre, Baxter…

De pronto, Wayne cayó hacia atrás, momentáneamente perdido el conocimiento. Faye tomó su pulso y lo encontró algo débil, pero rítmico.

—Llamaré a una ambulancia —dijo, a la vez que se levantaba, para acercarse a la mesa de despacho, donde se encontraba el teléfono.

Dickins, por su parte, miró a Baxter. El mayordomo estaba tendido en el suelo, aparentemente muerto.

El caso estaba solucionado, pensó. Sólo faltaba enviar unos agentes al panteón, para que detuviesen a los intrusos que habían accionado la alarma.

CAPÍTULO XII

El hombre y las dos mujeres entraron en el panteón, pero no pasaron de las escaleras; por el momento. Ayudado por Laura y Gale, Lowall colocó mantas ante la entrada, de modo que ocultaran por completo la luz. En el suelo había un recio pico, además de un par de palancas de hierro y una piqueta, que podía resultar útil.

Una vez colocadas las mantas, que sujetaron en la pared interior con numerosas tiras de cinta adhesiva, al no poder utilizar clavos en el granito; encendieron dos lámparas de gran potencia, que habían traído además de la pequeña, empleada en las operaciones preliminares. Acto seguido, avanzaron hacia el túmulo.

Entonces vieron levantada la tapa del ataúd. Ormeson, sentado, les miraba con una sonrisa burlona en sus labios sin sangre.

Ninguno de los tres supo que había accionado la alarma. Gale emitió un penetrante chillido.

Laura se tambaleó. Tras unos momentos de indecisión, Lowall alzó el pico.

—¡Si estás vivo, pronto sabrás lo que es estar muerto! —gritó, a la vez que avanzaba hacia el féretro.

—Lo sé de sobra —dijo Ormeson—. Pero no te molestes; también Jim Kent quiso matarme y no lo consiguió. ¿Cómo matar al que ya está muerto?

Lowall se detuvo un instante, con el pico en alto.

—Tú también estarás muerto antes de pocos minutos —añadió el hombre sentado en el ataúd.

Lowall parecía convertido en una estatua, con el pico por encima de su cabeza. Detrás de él, Gale, sentada en el suelo, y Laura, apoyada con una mano en la pared cercana, contemplaban la escena con ojos llenos de infinito horror.

Súbitamente se oyó un fuerte silbido.

Un potente chorro de vapor surgió de la base del túmulo. Un olor extraño, penetrante, hirió la pituitaria de Lowall.

El gas salía con enorme presión, expandiéndose rápidamente por el interior del panteón. Lowall vaciló.

La herramienta cayó de sus manos.

—¡Es gas venenoso! —gritó.

—Mortífero —corroboró Ormeson.

Lowall dio media vuelta. Gale se había puesto en pie, pero volvió a caer, quedando a gatas, mientras tosía espantosamente.

Laura alcanzó la entrada y tiró de una de las mantas. De repente, se sintió acometida por una espantosa convulsión y cayó de espaldas, rodando por la escalera hasta quedar en el pavimento enlosado.

Lowall se arrodilló, tosiendo convulsivamente. Hizo un esfuerzo y trató de ganar la salida. Lo único que consiguió fue rozar una manta, con el brazo estirado. De pronto, cayó de bruces.

Los tres cuerpos se movieron todavía un poco. Luego, lentamente, adquirieron la inmovilidad de la muerte.

Entonces, Ormeson volvió a tenderse de espaldas y cerró la tapa del ataúd.

* * *

De repente, Baxter se sentó en el suelo.

Faye lanzó un gritito de susto. Dickins observó que el mayordomo tenía los ojos enormemente abiertos.

—Señor —dijo Baxter.

—Estabas equivocado —manifestó Ormeson—. El dinero no estuvo nunca en el panteón.

Dickins presintió que sucedía algo sobrenatural y atrajo a la muchacha con una mano. Los dos quedaron algo apartados, contemplando a Baxter que hablaba con alguien a quien no podían ver.

—Yo… lo lamento, señor… No fue mi deseo…

—La culpa, en realidad, fue mía, porque es cierto que pensaba asesinarte y hacer que ocuparas mi puesto en el panteón. Pero tú te anticipaste.

—Lo admito, señor. Yo envenené al señor y soborné al doctor Rawson…

—Quizá tenías razón al matarme y no te lo reprocho, pero no estaba bien lo que pensabas hacer con el dinero.

—Sí, señor. El señor tiene toda la razón.

—Y mataste a un infeliz, que no era más que un mísero estafador.

—No quería que Ewington pudiera divulgar un día el secreto de los sistemas de alarma, señor.

—Ya lo había divulgado, pero, repito, el dinero no estaba allí. Y no disfrutarás de él, Baxter.

—Sí, señor.

—Alguien dará al dinero un destino mucho mejor que el que todos queríamos darle, Baxter. ¿No te imaginas quién ha hecho fallar el percutor de la pistola, cuando apuntabas al jefe de policía?

—El señor, sin duda, detuvo el movimiento del percutor hacia el pistón —dijo Baxter.

—Sólo cuando apuntaba a una persona inocente. Ahora ya lo comprendes, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Entonces, despidámonos hasta muy pronto, Baxter.

—Hasta muy pronto, señor.

El mayordomo calló de pronto. Muy despacio, se inclinó hacia atrás y se quedó quieto.

Dickins y Paye se miraron recíprocamente. ¿Con quién había hablado Baxter?

Ambos tenían la misma respuesta en la mente, pero ninguno de los dos se atrevió a expresarla en voz alta.

Dickins reaccionó.

—Faye, el teléfono —ordenó.

—Sí, Allie, ahora mismo.

De pronto, Wayne se sentó en el suelo.

—¡Demonios, creo que me he desmayado! —exclamó.

Dickins no contestó. Sus ojos estaban fijos en la blanca cuartilla que había sobre la carpeta de la mesa de trabajo.

—Juraría que no estaba cuando llegamos —murmuró. Dio la vuelta y leyó le cuartilla. Contrariamente a lo que pensaba, estaba escrita con tinta corriente:

«El dinero está bajo esta misma mesa. Levanten el

pavimento y lo encontrarán.

»Sé que voy a morir. Por tanto, ordeno que ese dinero sea empleado en obras benéficas.

»Ormesonville, 18 de setiembre de 1974.

»Firmado: Henry K. Ormeson».

* * *

Dos horas más tarde, tres cadáveres fueron extraídos del panteón, Dickins y Faye asistieron a la fúnebre ceremonia, El interior de la cripta había sido saneado del gas mortífero.

Los expertos trabajaban en el hueco del túmulo, para extraer el aparato que, funcionando por una señal emitida a través de un transmisor de radio, había proyectado al exterior el gas letal.

—De modo que, incluso, Ormeson engañó al propio Ewington —dijo Faye.

—Así tuvo que suceder —convino Dickins—. La señal de radio y que podía emitirse desde casa o, simplemente, desde aquí, si el aparato no hubiera sido robado a Ewington por Baxter, accionaba un cierre y provocaba su apertura. Pero lo que nadie sabía es que la apertura de ese cierre lanzaba a la atmósfera algunos cientos de gas letal en pocos segundos.

—Una mente muy retorcida, ¿no te parece?

Dickins suspiró.

—Todos, de un modo u otro, eran personas que habían causado grandes males. Chitty Courts asesinó a su esposo, pero, antes de convertirse en la amante del doctor Rawson, lo había sido de Ormeson. Lo mismo que Laura Willets y, muchísimo antes, Gale Hoskeens.

—¿Era eso suficiente para merecer la muerte, Allie?

—No, claro que no, pero esas dos mujeres habían colaborado con Ormeson en algunas de sus numerosas tropelías. Y, aunque Baxter asegurase que lo había hecho para protegerse, yo supongo que todos ellos se confabularon para matar a Ormeson, No debemos olvidar el hecho que Ormeson había mencionado a todos en su testamento.

»Pero la cantidad que les dejaba era más bien escasa. Ellos ambicionaban los tres millones. Baxter, calculó, se dejó persuadir en

apariencia, aunque lo más seguro es que ya hubiera decidido la muerte de Ormeson.

»Lowall, Bentlane y Kent trabajaron en distintos puestos para Ormeson y, en muchas ocasiones, se aprovecharon de sus cargos para realizar acciones en provecho propio, sin omitir más de un crimen que nunca se pudo probar y que fue cargado en la cuenta de Ormeson. Ninguno, ninguno de ellos era bueno, créeme, Faye.

—Todo eso es resultado de las investigaciones de Wayne —adivinó la muchacha.

—En efecto —confirmó Dickins.

De pronto, Faye recordó algo que le hizo sentir un vivo escalofrío.

—Allie, cuando Baxter hablaba antes de morir, ¿quién era su interlocutor? ¿Veía quizá a Ormeson?

Dickins asintió:

—Yo pienso que era así, pero ¿quién nos lo creería? Resulta demasiado fantástico y, sin embargo, no se puede dudar de ello. Lo mismo que no se puede dudar que Billy Parks habló con Ormeson y éste le dio una carta y cinco dólares. En cuanto a las cartas escritas con sangre, está fuera de toda duda que la letra es de Ormeson.

—Las escribió después de muerto —murmuró Faye.

—Nadie lo creerá, pero es cierto. Y es que hay cosas sobrenaturales que no comprenderemos jamás, Al menos, en este mundo.

Ella asintió.

Tendré que decir a Lizzy que suspenda sus investigaciones. Ahora no te costará demasiado averiguar dónde reunió Ormeson el resto del dinero.

—Es una cuestión secundaria —dijo él.

Los expertos habían terminado ya y empezaron a recoger sus cosas. En aquel momento, entró el doctor Landis.

—¿Jefe?

—Hola, doctor —contestó Dickins.

—Luego le enviaré los resultados de la autopsia. Los primeros indicios acusan al cianhídrico.

—Bien, gracias, doctor…

De repente, Dickins tuvo una idea.

—Venga un momento, doctor —llamó.

Landis se le acercó.

—¿Qué sucede, muchacho?

—Quiero que eche un vistazo al cadáver de Ormeson. Cuando esté más desahogado de tiempo, le hará la autopsia.

—Muy bien.

El forense se acercó al túmulo. Uno de los expertos se quedó.

—Voy a ver la cara que tiene ese muerto que no se pudre —dijo.

Dickins alzó la tapa.

Sonó un grito de espanto. Un repugnante hedor se esparció por el panteón, un olor insufrible, de carne absolutamente descompuesta, el hedor, propio de un cuerpo que ya había muerto hacía más de dos meses.

Durante una fracción de segundo, Dickins contempló el horrible espectáculo que era un rostro en el que la carne estaba convertida en una masa pastosa, repugnantemente grisácea, el pelo cayéndosele a mechones y los ojos transformados en dos bolas informes.

Faye no pudo soportarlo y salió, tambaleándose. El experto policial corrió como si le persiguiera el diablo.

—¡Cierre eso, por el amor de Dios! —gritó el forense.

La tapa del ataúd cayó con seco golpe. Dickins se prometió en su fuero interno no molestar más al muerto.

Salió al aire libre, donde centelleaban las estrellas y la atmósfera era clara y limpia. Poco a poco, empezó a recobrarse.

—Volvamos a casa, Faye —dijo.

Ella trató de sonreír.

—Es lo mejor, Allie —convino.

—Podrás escribir un libro estupendo.

—Sí, pero ¿cuántas cosas no tendré que suprimir, si quiero que la gente crea lo que pasó aquí? ¿Cómo explicar que, por misteriosos designios, Ormeson pudo volver a la tierra después de muerto?

—No trates de explicarlo, te lo aconsejo. ¿Cuándo te irás, Paye?

Estaban ya al pie de la colina. Faye se hizo la remolona.

—Te he preguntado algo —insistió él.

—Es que…, verás, también podría escribir aquí mi parte del libro… Empiezo a pensar que no me importaría quedarme en Ormesonville. ¿Qué opinas tú, Allie?

La mano derecha de Dickins oprimió con fuerza el brazo de la

muchacha.

—Faye, me encantaría que te quedases aquí —respondió.

* * *

Por segunda vez, Henry K. Ormeson se vio en el mismo sitio en que había estado antes.

—Aquí me tienes, Leo —dijo.

El hombre sentado en el aire sonrió.

—¿Ya no tienes nada que hacer allá arriba? —preguntó.

—No, todo está hecho. Gracias por el permiso que me concediste.

—Alguien tenía que hacerlo, Henry. Realmente, eran malos. Tú les sugeriste ideas equivocadas, ¿verdad?

—Si han venido aquí, ¿eran ideas equivocadas? A veces pienso que hubieran venido, de todas formas, sin mi colaboración.

—Sí, algo de razón tienes —convino Leo—. Bien, es la hora de que tome una determinación.

Ormeson suspiró.

—Estoy dispuesto —manifestó.

—Henry, en los últimos momentos te arrepentiste de lo que habías hecho, ¿no es verdad?

—Hombre, siempre se piensa…

—Destinaste el dinero que, a fin de cuentas, era robado, a obras benéficas. Ése es un punto a su favor.

—Bueno, pero lo hice cuando me vi en las últimas.

—Henry, conmigo no valen las mentiras. Otro médico, que no era ni Bahring ni Rawson, descubrió tu irremediable lesión cardíaca y te vaticinó muy pocos días de vida.

—Es verdad, olvidaba con quién estaba hablando. Pero ya había preparado ciertas trampas… Lo que pasa es que ellos no me dieron tiempo a desmontarlas.

—Sí, lo sé también. Y ya que hablas de trampas, hiciste una cuando detuviste por dos veces cierto mecanismo de disparo…

—Bueno, es un chico estupendo. Ni siquiera yo pude con él, cuando estaba con vida. Me pareció decente procurar salvarle.

—Sí, es un buen chico. Ése es el segundo punto a favor.

—¡Tengo tantos en contra, Leo!

—Con esos dos, es más que suficiente, Henry. Lo que hiciste

compensa una vida de desafueros. Anda, vete.

—¿Cómo? ¿Marcharme? Pero ¿adónde, Leo?

—No te preocupes, ya te llevarán. Tardarás mucho, seguro, pero, al fin llegarás; debes comprender que tienes algo que pagar por lo que hiciste.

—Sí, claro; y estoy dispuesto…, pero ¿adónde voy?

El bello rostro de Leo expresó de pronto una tristeza infinita.

—Al lugar al cual yo no puedo ir —contestó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.